



GUERRERAS

CRÓNICAS DE MUJERES EN MALVINAS

Florencia Balle

Título: Guerreras, crónicas de mujeres en Malvinas

Autora: Florencia Balle

Directora: Diana López Gijsberts

Diseño de imagen de tapa: Valentina Herrera

Fecha de entrega: Mayo 2020

GUERRERAS
CRÓNICAS DE MUJERES EN MALVINAS

GUERRERAS

CRÓNICAS DE MUJERES EN MALVINAS

FLORENCIA BALLE



**FACULTAD DE PERIODISMO
Y COMUNICACION SOCIAL**

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

ÍNDICE

Introducción	9
Misión cumplida	15
La mujer voladora	29
Guerra al olvido	45
Volver a Malvinas	65

INTRODUCCIÓN

MALVINAS, CON NOMBRE DE MUJER

“Si hasta ahora hemos concebido y nos han enseñado una historia sin mujeres, hemos concebido y hemos aprendido la mitad de la historia”.

Gabriela Margall y Gilda Manso¹

–Pero... ¿En Malvinas hubo mujeres?

Esta es la primera respuesta que se obtiene cuando se quiere indagar qué sabe un ciudadano argentino común sobre la presencia femenina en las Islas Malvinas durante el conflicto bélico.

En ningún manual escolar figuran, pero dieciseis mujeres argentinas son consideradas veteranas de guerra. También hubo civiles que prestaron servicios sanitarios durante el conflicto y otras que se hicieron eco de la lucha por la soberanía nacional en las Islas. Todas fueron silenciadas, omitidas, y tuvieron que pasar muchos años para que, finalmente, se reconocieran sus presencias.

En este sentido, el presente libro surge de la necesidad política, social, histórica y cultural de restituir a las mujeres su papel protagónico y posicionarlas como sujetas históricas activas.

¹ Manso, G. y Margall, G. (2018) *“La historia argentina contada por mujeres I. De la conquista a la anarquía (1536- 1820)”* Buenos Aires: Ediciones B. p.14.

Las Islas Malvinas son un archipiélago formado por más de doscientas islas, en las que se destacan dos principales: Isla Gran Malvina e Isla Soledad. Casualmente, las dos llevan nombre de mujer. Están ubicadas en el Océano Atlántico Sur, a 343 kilómetros de la provincia argentina Tierra del Fuego y a 12.686 kilómetros del Reino Unido.

El nombre “Malvinas” proviene de los primeros habitantes de las Islas, que eran malouines, franceses de Saint Maló, y ocupaban la parte occidental del archipiélago. Con el paso del tiempo, debido a las reglas de gramática del latín, se sustituyó la “u” por la “v” quedando entonces la denominación Malvinas.

A partir de la Independencia, obtenida el 9 de julio de 1816, las Islas pasaron a formar parte del territorio argentino. En 1826 Luis Vernet, nacido en Hamburgo pero radicado en Buenos Aires, fundó Puerto Luis y en 1829 fue nombrado Comandante Político y Militar del archipiélago, convirtiéndose en el primer y único gobernador argentino en las Islas Malvinas.²

Vernet estaba casado con María Sáez, rioplatense y quien escribió “Diario de 1829 en Malvinas”. En sus escritos, relató el modo de vida, los comportamientos, lazos y organización social de los isleños. También cómo fue avanzando y prosperando el asentamiento argentino, describió la flora y fauna de las Islas y las expediciones a lugares recónditos del archipiélago que realizó junto a su marido.

Además, contó sobre la vida cotidiana de las mujeres malvinenses: organizaban cenas, visitas al cementerio y fiestas criollas. Se encargaban de colaborar con la tala de árboles y preparar equipaje para las expediciones de los hombres. De esta manera, María Sáez, fue la primera cronista de las Islas Malvinas.

En algunos tramos de su diario cuenta:

*“Viernes 24 de julio: Buen tiempo, impaciente por aprovechar tan hermoso día, salí sin esperar a Vernet. Me encaminé hacia el arroyo del puente, y queriendo beber del agua tan cristalina que veía correr, pedí un vaso en la casa más próxima. Con ese motivo vi lo bien que se habían acomodado algunos de los nuevos colonos. No sentí frío alguno. La hermosura del pasto, siendo tan verde y tupido, pareció que pisé sobre una alfombra.”*³

² Lorenz, F. (2014) “*Todo lo que necesitás saber sobre Malvinas*” (1° edición). Buenos Aires: Paidós. p. 212.

³ Sáez, M. (1829). “*Diario de 1829 en Malvinas*” Freeditorial.

*“Miércoles 12 de Agosto: Chubascos de nieve con viento fuerte todo el día. Hoy se fue Doña Mariquita al pescadero de su marido. Ella se va a encargar de dirigir la salazón de los pescado.”*⁴

*“Domingo 30 de Agosto: Vernet tomó hoy posesión de la isla en nombre del gobierno de Buenos Aires. Se reunieron los habitantes, se enarboló la Bandera Nacional y se tiraron veintiún cañonazos, repitiendo sin cesar el ¡Viva la Patria!. Repartí a los ciudadanos dos cintas, una por cada color de nuestra Bandera Nacional”*⁵

Dentro de la familia Vernet, estuvo el primer nacimiento registrado en el archipiélago, y fue el de una mujer: Matilde Vernet y Sáez (1830-1924). Hija del matrimonio gobernante y apodada Malvina. Según datos del Museo Malvinas e Islas del Atlántico Sur, fue la primera persona documentada como ciudadana isleña, además su documento de identidad era argentino.⁶

Cuando en 1833, Gran Bretaña invadió las Islas Malvinas, Vernet, junto a su esposa y sus siete hijos, se trasladó hacia Buenos Aires. Matilde Malvina de grande se transformó en la primera mujer activista en reclamar nacionalidad y soberanía argentina en las Islas, reivindicando ante el periodismo mundial la demanda.⁷

Dos de sus hijas fueron las primeras mujeres en ser documentadas con el nombre Malvina ante un registro civil, y a partir de eso implantó la tradición familiar de llamar con el nombre de las Islas a las mujeres de la familia Vernet. Además, personas ajenas a la dinastía comenzaron a bautizar a sus hijas así.⁸

Desde la usurpación, Argentina mantuvo firme su postura y siguió reclamando diplomáticamente soberanía y el derecho a la administración política y económica de las Islas. Ya avanzado el siglo XX, el ex presidente argentino Arturo Illia, logró incluir la cuestión Malvinas dentro de la agenda del programa de Descolonización Mundial de la ONU.

En este sentido, la resolución 2065 de la Asamblea General de la ONU, aprobada en diciembre de 1965, reconoció la existencia de una disputa de soberanía entre Reino Unido y Argentina en torno a las Islas Malvinas. De igual manera, encuadró el conflicto en una situación colonial y obligó a Gran Bretaña

⁴ Sáez, M. (1829). *“Diario de 1829 en Malvinas”* Freeditorial.

⁵ Sáez, M. (1829). *“Diario de 1829 en Malvinas”* Freeditorial.

⁶ Lorenz, F. (2014) *“Todo lo que necesitás saber sobre Malvinas”* (1° edición). Buenos Aires: Paidós.

⁷ Espósito, S. (2008). *“El olvidado Luis Vernet”* Conozca Buenos Aires.

⁸ Balmaceda, D. (2011) *“Historias inesperadas de la historia argentina: tragedias, misterios y delirios de nuestro pasado”* Buenos Aires. Editorial Sudamericana. p.283.

a negociar con Argentina. Esto significó el primer avance concreto en términos de políticas de estado.

En este contexto, según documentos de la Cancillería Argentina, comenzaron a firmarse tratados de mutua cooperación para mejorar la vida de los isleños, con el objetivo de comenzar a acercar la vida cotidiana de las islas al Estado Argentino.⁹

Fue así que se enviaron maestras argentinas a enseñar castellano, se otorgaron becas para que los jóvenes malvinenses puedan estudiar en las Universidades Nacionales, las mujeres embarazadas podían atenderse en los hospitales públicos argentinos, se otorgó la doble nacional a los isleños y se instaló una planta de YPF en las Islas para brindar el gas en los hogares, entre otras cuestiones.¹⁰

En septiembre de 1966, mientras la dictadura de Onganía recibía a la Corona Británica en Buenos Aires, un grupo de diecisiete jóvenes llevó a cabo el Operativo Cóndor. Tomaron un avión de Aerolíneas Argentinas, lo desviaron de la ruta autorizada y lo aterrizaron en las Islas Malvinas, desplegando 7 banderas argentinas y permaneciendo, de manera pacífica, 36 horas en las Islas.¹¹

El hecho fue tomado como un acto criminal, y al volver al país fueron encarcelados en Ushuaia. Algunos liberados en unos meses, otros luego de tres años. Entre los integrantes del grupo se encontró María Cristina Varrier, escritora y periodista, única mujer que participó del operativo. También se encontró entre los que recibieron tres años de prisión como condena.

Tiempo después del hecho, Varrier cambió de nombre y se alejó de la militancia. Guardó las siete banderas durante más de cuarenta años, prometiendo entregarlas al Estado Nacional cuando el gobierno reconociera el hecho como un acto patriótico y no delictivo. En 2012, las entregó personalmente a la entonces presidenta Cristina Fernández de Kirchner.¹²

Durante la tercera presidencia de Juan Domingo Perón se siguió avanzando con negociaciones secretas. En un documento del 19 de junio de 1974, quedó asentado que en las Islas Malvinas se enarbolaría tanto la bandera británica como la argentina, se declararían como idiomas oficiales del territorio al inglés y al español y habría libre cambio entre las monedas británica y argentina. Once días después de firmar el documento, Perón murió.

⁹ “Malvinas y la Resolución 2065 de la ONU” Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de la República Argentina.

¹⁰ “Malvinas y la Resolución 2065 de la ONU, período 1966-1982” Ministerio de Relaciones Exteriores y culto de la República Argentina.

¹¹ Banchiero, María A. (2019) *“Mi abuelo robó un avión y ocupó las Malvinas”* Cosecha Roja.

¹² “Recuerdo del Operativo Cóndor” Página 12.

El 24 de marzo de 1976 un golpe militar derrocó al gobierno de Isabel Perón. No se volvió a negociar con Inglaterra por la cuestión Malvinas. El país entró en una crisis económica, política y social. Aumentó el nivel de endeudamiento, despidos, cierre de fábricas, alta inflación, represiones, perseguidos políticos, secuestros, torturas y treinta mil desaparecidos.

En este marco la dictadura cívico militar comenzó a ser repudiada por múltiples sectores sociales. Por esta razón, la guerra de Malvinas se entiende como la última maniobra que los militares buscaron para continuar en el poder. Entreviendo, que un conflicto con el Reino Unido a causa del histórico reclamo nacional de recuperar la soberanía de las Islas, le permitiría no solo tramitar la crisis interna sino también legitimarse políticamente e incluso reposicionarse para plantear las condiciones de su propia sucesión.

El 2 de abril de 1982, mediante una cadena nacional de radio y televisión, el dictador Leopoldo Fortunato Galtieri, declaró la guerra al Reino Unido. La derrota argentina significó el principio del fin del terrorismo de Estado y consecuentemente eliminó todos los avances diplomáticos y las posibilidades de nuevas negociaciones en paz.

El conflicto armado duró 74 días, más de 23 mil soldados argentinos fueron movilizados, más de 1200 fueron heridos de gravedad y hubo un total de 649 muertos¹³. También participaron 16 mujeres argentinas, dependientes de las tres Fuerzas Armadas: Marta Beatriz Giménez, Graciela Liliana Gerónimo, Mariana Florinda Soneira, Marcia Noemí Marchesotti, Olga Graciela Cáceres, Doris Renee West, Susana Mazza, Silvia Barrera, María Marta Lemme, Norma Etel Navarro, María Cecilia Ricchieri, María Angélica Sendes, María Liliana Colino, Maureen Dolan, Silvia Storey y Cristina María Cormack.¹⁴

Todas se mantuvieron, durante más de treinta años, en el anonimato. Sin embargo, sufrieron los mismos problemas que los hombres combatientes: estrés postraumático, enfermedades relacionadas al mismo y angustia.

En este libro se cuenta la historia de cuatro de ellas. Y, como se mencionó al principio, se intenta reivindicar el rol activo de la mujer en la historia.

¹³ "Cuestión de las Islas Malvinas", Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de la República Argentina.

¹⁴ Nómina de Veteranos de Guerra de Malvinas. Ministerio de Defensa de la Nación Argentina. Recuperado de <http://www.veteranos.mindef.gov.ar/index.php>

MISIÓN CUMPLIDA

Los últimos días de marzo de 1982, la tripulación del buque mercante “Río Cincel” se encontraba en el Puerto de Buenos Aires, terminando de embarcar contenedores con mercadería para ser exportada a Estados Unidos, cuando el Capitán de ultramar, Juan Carlos Trivelín, recibió la orden de suspender el viaje. Debía hacer lugar para una carga de la Fuerza Aérea Argentina y trasladar material logístico hacia las Islas Malvinas.

La orden desorientó a los dirigentes del barco y desde ese momento la dirección del Río Cincel pasó a depender de manera directa de los Comandos de la Armada.

El 2 de abril, la Junta Militar le declaró la guerra al Reino Unido. Mediante una cadena nacional de radio y televisión, el dictador Leopoldo Fortunato Galtieri, informó el desembarco de tropas argentinas con el fin de recuperar la soberanía nacional en el archipiélago. Recién entonces los directivos del Río Cincel comprendieron el por qué de la petición de trasladar material logístico a las Islas Malvinas.

Un día después, ingresó la carga al buque: decenas de contenedores con un total de ochenta planchas de aluminio para la prolongación de una pista de aterrizaje, armas de guerra y bidones con combustible para aviones, entre otros contenedores con contenido secreto.

La mañana del 4 de abril llegaron los cuarenta y cinco tripulantes del buque, sin saber que ya no partirían a Estados Unidos sino que lo harían a las Islas Malvinas. Mientras estos se acomodaban en sus respectivos camarotes, arribó un gran contingente de jóvenes soldados de la Armada Argentina para también ser trasladados. Luego, llegó la orden de zarpar.

Recién entonces, el capitán Trivelín reunió en la proa del barco a los navegantes.

–Por orden de la marina de guerra suspendo el viaje a Estados Unidos, primero debemos cumplir la misión de transportar soldados y material logístico a las Islas Malvinas. Todos los que hayan jurado ante la Bandera Nacional,

deberán ir –sentenció y agregó- Solo los que aún no están recibidos pueden bajar del barco.

Se produjo un silencio que duró varios minutos. Los tripulantes comenzaron a mirarse atónitos. De a poco, unos cuantos cadetes de la Escuela Nacional de Náutica comenzaron a bajar. Entre los cinco novatos que quedaron, se encontraban dos jóvenes mujeres: Olga Graciela Cáceres y Marcia Noemí Marchesotti, ambas de veinte años. El capitán, sorprendido al ver que ninguna de las dos abandonó el buque, se les acercó y volvió a repetirles que, si querían, podían irse a casa.

–¡No! Si juré a la bandera, cómo me voy a bajar, quiero ir. –respondió Olga, mientras su compañera asentía con la cabeza.

Inmediatamente, la joven Cáceres se dirigió a la cabina de mando para llamar por radio a sus padres. Les contó que primero viajaría hacia las Islas Malvinas y, solo cuando la misión fuera cumplida, retomarían el viaje hasta Estados Unidos. También advirtió que no sabía cuándo podría volver a llamar. Su madre, del otro lado del teléfono, no paraba de llorar.

–¡Mamá, no llores que vamos a ganar! –dijo Olga y cortó.

ENTRENAMIENTO MILITAR

Treinta y siete años después de aquel día, Olga Graciela Cáceres, cargando de un brazo una cartera y del otro una bolsa de cartón llena de fotos, cuadros, libros y diplomas; llegó al café Havanna, ubicado frente a la playa La Perla de Mar del Plata.

–Nunca di entrevistas porque no me considero una heroína, –dijo –lo que hice fue parte de mi trabajo, era un deber. En lo personal nunca esperé ni espero un reconocimiento propio, de hecho me costó que me llamaran veterana.

La mujer, de pequeños ojos negros y pelo canoso a la altura de los hombros, hoy tiene cincuenta y ocho años y hace poco más de treinta que vive en Mar del Plata. De la bolsa de cartón sacó un par de fotos, todas de su juventud, vestida con el uniforme y la boina naval. También una medalla en donde es reconocida como veterana de guerra, otorgada por el Senado de la Nación; y un libro sobre la historia de los barcos mercantes argentinos durante el conflicto del Atlántico Sur.

–La historia de la marina mercante, en la guerra de Malvinas, es la menos conocida. Quizás porque tuvo misiones secretas y cortas, pero que fueron claves. –explicó.

Olga Graciela nació el catorce de diciembre de 1960, en la localidad San José Norte, partido de Santa María, provincia de Catamarca. Se crió a la par de su único hermano, Horacio, un año mayor que ella y con quien siempre tuvo mucha unión. Ambos fueron fruto de la relación matrimonial de un militar y una ama de casa.

La familia Cáceres permaneció en Catamarca hasta 1968, momento en el que los padres de Olga decidieron mudarse a San Miguel, ya que en ese municipio bonaerense contaban con una vivienda propia. “Recuerdo que me costó adaptarme a Buenos Aires. El primer tiempo sufrí mucho porque me despreciaban por mi manera provinciana de hablar.” Contó.

En esa localidad bonaerense terminó la primaria y luego la secundaria en el Colegio Perito Mercantil. De adolescente, fue una joven de estatura baja, pelo negro, nariz refinada y labios pequeños. Durante el último año de escuela, aunque su padre quería que fuera enfermera, soñaba con estudiar la licenciatura en bioquímica; porque, por alguna razón que nunca supo explicar, siempre le gustó mucho la química.

Sin embargo, esa ilusión quedó en el olvido la mañana en que una compañera de colegio llegó a clases con un folleto de la Escuela Nacional de Náutica, emocionada por la idea de navegar y conocer el mundo por trabajo.

–Más allá de tener un padre militar en el ejército, no tenía ni idea de que eso existía, pero me encantó y empecé a averiguar de qué se trataba.

Olga analizó por varios días el folleto que le dio su amiga, fue hasta la institución a averiguar los requisitos para la inscripción y, después de pensarlo durante varias semanas, tomó coraje y le dijo a su papá que quería anotarse en la Escuela de Náutica, y que para hacerlo necesitaba que él le firme una autorización.

–¡De ninguna manera! Tienes que estudiar enfermería porque las enfermeras tienen un buen trabajo. –respondió don Cáceres.

–¡Pero papá, no quiero ser enfermera!

La discusión duró varias semanas hasta que lo convenció y, por fin, consiguió que le firmara la autorización. Meses antes de terminar la escuela, se inscribió y empezó a prepararse para el ingreso. El mismo consistía en una primera instancia de investigación familiar, en donde era indispensable que ningún pariente, sea cercano o lejano, tuviera antecedentes penales. Solo cumpliendo con este requisito, sería sometida a una evaluación psicofísica y, una vez aprobada esta segunda petición, pasaría a rendir exámenes de matemática financiera, inglés y contabilidad.

Desde la dirección de la Escuela de Náutica, se informó que abrirían veinte vacantes y que solo ingresarían quienes obtuvieran los mejores promedios en las pruebas. Fue así que, cuando Olga aprobó las dos primeras instancias, optó por pasar la última etapa de 1979 estudiando día y noche.

Al cabo de dos meses de espera, la joven fue citada en la Avenida Antártida al 1500, en la puerta principal de la Escuela Nacional de Náutica, para conocer los resultados. Con miedo, se paró en primera fila a escuchar la lista de aprobados. Había más de cincuenta personas esperando y en el momento en que la recepcionista del lugar la nombró, Olga sintió una alegría inmensa.

–Fue una de las cosas más importantes que me pasó en la vida. Realmente tenía muchas ganas de entrar.

En marzo de 1980 comenzó a cursar. La preparación en la Escuela Nacional de Náutica duró un año de aprendizaje en tierra y otro navegando. La formación se basó en clases teóricas de inglés, álgebra, geometría, economía y física, entre otras, como así también en un arduo entrenamiento físico. Durante esa época, Olga pasaba la semana corriendo kilómetros y kilómetros, trepaba sogas y escalas de gatos, nadaba y saltaba. También aprendió a la perfección el uso y manejo de armas.

–Llegaba a casa agotada y tenía las piernas lastimadas de tanto entrenar, pero estaba feliz –recordó.

Además de la formación intelectual y física, también recibió un adiestramiento centrado en la ética militar. Según ella, le enseñaron a tener sentimientos patrios, autoridad, ser confiable y mantener la mente fría. De la misma manera a prepararse para situaciones límites, como el hundimiento de un barco o un ataque bélico naval, incluso hasta a dar su propia vida en nombre de la nación.

Como parte de la instrucción, el oficial a cargo de su curso solía con frecuencia llevar a todos los aspirantes al patio y les ordenaba formar fila.

–¡¿CUÁL ES TU NOMBRE?! –gritaba bien fuerte a cada uno de los cadetes.

Si el cadete respondía en un tono bajo más de dos veces, automáticamente quedaba expulsado, por ser considerado con poca autoridad para entrar a la marina mercante y tener subalternos a cargo.

–Cuando me tocaba a mí, gritaba mi nombre bien alto. Quería recibirme.

De esta manera, Olga finalizó su primer año en la Escuela Nacional de Náutica con éxito, y al próximo comenzaría las prácticas a bordo.

EL PRIMER BARCO ARGENTINO EN LLEGAR A MALVINAS

Minutos antes de que aquel 4 de abril de 1982 el “Río Cincel” zarpara hacia las Islas Malvinas, un general de la Armada Argentina le entregó al capitán un sobre con instrucciones secretas a seguir y la orden de abrirlo en solitario, cuando sobrepasaran el Pontón Recalada -un buque fondeado a 141 kilómetros del Puerto de Buenos Aires, perteneciente a la Prefectura Naval Argentina, punto donde se despiden a las embarcaciones que navegarán por aguas abiertas y se recibe a aquellos que ingresan al Río de La Plata.

-Desde este momento, y hasta nuevo aviso, quedamos incomunicados.

-Informó Trivelín a la tripulación- Viajaremos hacia las Islas Malvinas con un total silencio de radio, no podemos ser localizados y nadie puede saber qué es lo que transportamos. Es imprescindible que cumplamos la misión.

En el momento en el que el Río Cincel zarpó, los demás barcos amarrados hicieron sonar estridentemente sus sirenas, como señal de apoyo. Una vez sobrepasado el Pontón Recalada, de acuerdo con lo ordenado, el capitán ingresó a la cabina de mando y abrió el sobre, leyó el contenido de la carta y lo volvió a guardar en su pantalón. Olga observó la escena desde afuera, sin embargo, nunca preguntó ni se le informó cuáles eran las instrucciones encomendadas por la Junta Militar.

El viaje hasta Malvinas duró dos días. Fue el último que la joven Cáceres emprendió como cadete, ya que al regreso se recibiría de comisaria naval. Durante la navegación, Olga se encargó de realizar las tareas administrativas y de auxiliar a los demás comisarios a bordo, como así también de organizar las cuatro comidas. Además, entabló una relación cordial con los soldados de la marina que eran trasladados.

-Qué raro que vayamos a una guerra contra Inglaterra, que son una potencia mundial -comentó, durante la cena, uno de los marinos a Olga.

-Es raro, sí, porque no somos tan grandes como país. Pero tenemos a favor nuestra cercanía a las Islas, ellos están más lejos -intentó animarlo.

-Eso es lo único a nuestro favor -respondió el muchacho, y sus compañeros asintieron con la cabeza.

La primera parada fue en Puerto Madryn. En dicha localidad sureña, se reacondicionó el buque y se cargaron más provisiones para abastecer a los tripulantes. Mientras tanto, Olga aprovechó para volver a comunicarse con su familia.

-Hola mamá, soy yo, estoy bien -dijo y cortó.

Desde el 2 de abril, en la rada de Puerto Argentino, se encontraban operando dos transportes navales de la marina de guerra: el Isla de los Estados, que luego sería atacado y hundido, y el Rompehielos ARA Almirante Irizar, participante de la Operación Rosario y más tarde transformado en buque hospital.

A las siete de la mañana del 6 de abril, el Río Cincel ingresó a las Islas Malvinas. Fue el primer barco mercante en llegar luego de la recuperación. Años después, también sería el primero en ser reconocido por el Estado argentino por su valiosa misión.

El transporte de carga logística que realizó, fue de vital importancia para el desarrollo argentino en la guerra. Solo después de su arribo se pudo reacondicionar y habilitar la pista de aterrizaje para la Fuerza Aérea, primordial para el despegue y aterrizaje de aviones, tanto sanitarios y de rescate como de bombardeo. También se necesitó de su llegada para contar con las armas y bombas con las que luego se atacaría a las posiciones del Reino Unido.

El día estaba gris, había viento y caía una llovizna fina e interrumpida, clima típico del lugar. Mientras el buque se acercaba a la costa, todos los tripulantes salieron a la proa, querían saber cómo eran esas tierras que llevaban al país a una guerra. No se oía más que el ruido de las olas del océano chocando con las rocas. Se veía un terreno húmedo, lleno de pasto y turba, unas cuantas casas con techos de colores y camiones de uso militar, pero no se visualizaba movimiento humano.

–¿Por esto peleamos? –atinó a decir Olga.

INMOVILIZADOS

El Río Cincel fue un buque mercante perteneciente a la empresa marítima estatal ELMA. Tan grande era su porte que, cuando llegó a Malvinas, no pudo atracar en el muelle de Puerto Argentino y tuvo que fondear a un poco más de quinientos metros de la costa.

Cuando llegaron a Malvinas, efectuaron comunicación con los dos barcos argentinos que ya permanecían en la zona. El contacto se limitó entre los capitanes y, por precaución a posibles espionajes británicos, solo se habló bajo un código secreto previamente pactado por la Armada Argentina.

–Nuestro código era Elefante Blanco, nunca supe qué significaba. El capitán no podía revelarnos esos datos por nuestra seguridad. Además, en caso de que nos tomaran como prisioneros no podríamos revelar ninguna información importante –explicó la mujer.

Para descargar las decenas de containers, el Isla de los Estados tuvo que acercarse, ubicarse paralelamente, y mediante tablas pasar la mercadería de un barco al otro. Fue una maniobra que duró más de un día. Los soldados descendieron del barco de igual forma y Olga despidió, tomando de la mano y con una sonrisa, a cada uno de los jóvenes.

–En el momento no tomé conciencia de que los estaba dejando en una guerra. Casi un mes después, cuando comenzaron los bombardeos, caí en la gravedad de la situación. Desde entonces no pude dejar de pensar en ellos, me preguntaba si comerían, si estarían bien y, cuando todo terminó, si habrían vuelto a sus casas –reflexionó.

Mientras seguían las tareas de descarga, cerca del mediodía, se desató un temporal. El Océano comenzó a alborotarse y el viento sopló más fuerte. Las olas, cada vez más altas, chocaban con tanta violencia sobre el barco que lo hicieron balancearse de un lado al otro, ocasionando que imprevisiblemente el ancla del Río Cincel comenzara a moverse.

Todos estos movimientos produjeron que la nave se acercara con su popa –parte trasera– a la proa del otro barco y chocaran. Los tripulantes sintieron el impacto. Trivelín junto con los comisarios navales, entre ellos Olga y Marcia, observaban las maniobras desde la cubierta.

–¡Fondeen el ancla de estribor y paren máquinas! –ordenó inmediatamente y corrió hacia la cabina de mando.

A pesar de la operación, la hélice del buque mercante tomó vueltas en las cadenas del otro, lo que originó que el Río Cincel quedara inmovilizado. Para solucionar el problema, el capitán pidió, con urgencia, buzos con equipos especializados al Apostadero Naval de Malvinas –base argentina de resguardo naval durante el conflicto bélico– pero la respuesta fue que en las Islas no se contaba con personal capacitado. Lo único que se pudo hacer, fue soltar las cadenas para que el Isla de los Estados quedara libre, pudiera volver a resguardo en el muelle, y esperar que el temporal pasara.

Ante la inminencia de la tormenta y la incapacidad del barco a moverse, Juan Carlos Trivelín reunió a la tripulación.

–Les pido que por favor se queden dentro, no salgan ni a cubiertas ni a la proa. No sabemos qué es lo que va a pasar. Es probable que tengamos que evacuar, es importante que estén preparados para cualquier cosa–dijo.

Minutos después, sin haber terminado de descargar, el Isla de los Estados volvió al muelle. La tempestad duró toda la madrugada.

–En ningún momento tuve miedo de la tormenta. Sin embargo, las recomendaciones del capitán se debían a que estábamos en un sitio declarado

estado de guerra, pero por eso tampoco me atemoriqué. En la Escuela de Náutica nos hablaban tanto sobre cómo reaccionar ante esas situaciones, que confundía lo que pasaba con parte de la instrucción militar. No tomaba conciencia de la realidad –expresó Olga.

Al amanecer, con el tiempo más calmo, se prosiguió con las tareas de descargas. Al medio día, llegó una lancha con dos buzos de la Fuerza Aérea Argentina para reparar el barco. No contaban con patas de rana, visor y tubos de oxígeno, sin embargo comenzaron a inspeccionar la hélice con cortas zambullidas.

La Armada ordenó solucionar el problema en menos de veinticuatro horas, de lo contrario la tripulación del Río Cincel tendría que abandonar el barco en un helicóptero, no era seguro permanecer en una nave inmovilizada.

Cerca de las siete de la tarde llegaron dos buzos más, de la Armada. Estos dos, junto con los otros dos que ya se encontraban trabajando, pudieron cortar una parte de la cadena enredada. En ese momento también terminaron los trabajos de descarga con el Isla de los Estados. La misión estaba cumplida.

Hasta entonces, el panorama en las Islas Malvinas estaba tranquilo, sin rastros de que allí hubiera una guerra. Sin embargo, la tripulación del Río Cincel tenía que abandonar la zona lo más rápido posible. No solo porque ya habían logrado despachar la carga logística, sino principalmente por las noticias que llegaban desde el exterior, a través de los marinos del Isla de los Estados: hacía cinco días que la armada inglesa había partido rumbo al Atlántico Sur y varios de sus submarinos ya se encontraban en Malvinas, a la espera de la orden de atacar a cualquier barco argentino –sea mercante o de guerra- que se localizara en la zona.

–Miraba hacia las Islas y no había nada, no veía gente y solo de vez en cuando pasaban algunos camiones de uso militar. El tema era lo que pasaba en el agua. Los submarinos ingleses estaban rondando cerca de nosotros y no sé cómo no nos localizaron. Si hubieran sabido a lo que fuimos, nos atacaban antes de que descarguemos, porque teníamos encima todo el arsenal bélico. –explicó Olga.

El 9 de abril, los cuatro buzos terminaron de sacar, eslabón por eslabón, el último tramo de cadena que quedaba. Posteriormente se inspeccionaron las palas de la hélice y luego se movieron en ambos sentidos para probarlas. No se registraron problemas, ya estaban en condiciones de irse. No obstante, recién se dio la autorización de abandonar las Islas Malvinas al otro día.

A las siete de la tarde del 10 de abril de 1982, con la noche iluminando el Océano Atlántico, el Río Cincel elevó sus anclas y zarpó.

–Me fui de Malvinas pensando que sería un pequeño combate y que íbamos a ganar porque habíamos llevado un montón de contenedores con armas, y porque nosotros estábamos más cerca geográficamente –recordó Olga.

El barco navegó hasta Puerto Madryn, donde pararon para abastecerse de mercadería y volver a inspeccionar la hélice, por si acaso. Recién entonces, la tripulación del Río Cincel pudo tener conexión con el exterior.

–Mamá, estoy en Puerto Madryn, en un rato salimos para Estados Unidos.

–¡Qué buena noticia, Olga! Con tu padre estábamos tan preocupados –respondió la madre y, llorando, le contó –Tu hermano se enteró que te fuiste a Malvinas y, como el ejército no lo había llamado, fue y se presentó voluntariamente. Quería estar en el mismo lugar que vos, para acompañarte. Ya lo están trasladando hasta las Islas.

Desde ese momento, no hubo ni un solo día que la joven no rezara para que su hermano regresara a casa sano y salvo.

EN ARGENTINA LE MIENTEN A LA GENTE

“In Argentina they lie to the people”, se leía en la pantalla del televisor, que estaba en una mesa de la sala comedor, del buque mercante. En todos los programas de tv estadounidenses repetían lo mismo: *“En Argentina le mienten a la gente”*.

Era principios de mayo, las negociaciones diplomáticas entre ambos países enfrentados no funcionaron, y en Malvinas comenzaron los bombardeos. Por esos días, y hasta el fin de la guerra, el Río Cincel se mantuvo navegando y descargando mercadería por los puertos de Baltimore, Filadelfia y Nueva York.

–Desde Estados Unidos viví toda la guerra, la verdadera. –recordó Cáceres.

En los horarios de almuerzo y cena, los cuarenta y cinco tripulantes se reunían para mirar las noticias relacionadas con las Islas. Los medios de comunicación ocupaban gran parte del día en informar los detalles de la contienda. No era para menos. El gobierno estadounidense, a cargo del presidente Ronald Reagan, se involucró de lleno en el conflicto bélico del Atlántico Sur.

La política internacional de Estado Unidos, respecto a Malvinas, tuvo dos caras; neutral y diplomática, a través del Secretario de Estado –Alexander Haig– quien cumplió el rol de mediador, ya que apoyar a uno de los dos significaba romper con la OTAN o con el TIAR (Tratado Interamericano de Acción Recíproca), y de importante apoyo militar y estratégico, del parte del Pentágono –Departamento de Defensa–

-Los estadounidenses por la televisión decían una cosa, pero las autoridades después hacían otra. Nunca fueron transparentes. Se hicieron los mediadores, pero apoyaron al Reino Unido desde el principio –contó Olga.

El 30 de abril, finalmente, el presidente Reagan dio públicamente su apoyo a Inglaterra y la OTAN. También le suministró armamentos bélicos y servicios de espionaje para localizar satelitalmente aviones y embarcaciones argentinas. Desde entonces, el título de las noticias era “*Argentina is losing the war*”

-Argentina está perdiendo la guerra-, contrario a lo que se creía en el país.

-Olga, ¡¡vamos ganando!! –le decía su madre, cada vez que se comunicaban.

-No mamá, acá informan que estamos perdiendo.

-Pero el presidente y los periodistas dicen que llevamos ventaja.

-Están mintiendo, acá cuentan que en Argentina están manipulando la información. Gran Bretaña está tomando todas las posiciones, hay muchos más muertos argentinos. Decime que tenés noticias de Horacio, por favor.

-Sí, tu hermano cuando puede llama y cuenta que está bien.

El 14 de junio, el Río Cincel amaneció amarrado en el puerto de Nueva York. Mientras la tripulación desayunaba en el comedor, en la pantalla del televisor apareció el título “*Argentine surrender*” -Rendición argentina-. Todos dejaron de tomar café, clavaron los ojos en el aparato y alguien subió el volumen. Minutos después, un periodista afirmó que las Islas Malvinas, desde ese momento, quedaban bajo el dominio británico.

Los marineros se miraron desorientados, se pararon y se abrazaron mientras lloraban. Olga, junto a su compañera Marcia, también lloraron. Nadie habló durante un buen rato, hasta que alguien tomó coraje y opinó.

-Y si, era obvio.

-¿Qué esperábamos? –preguntó otro.

-Cómo pensamos que podíamos ganarle una guerra a Inglaterra –acotó Olga.

Después de la derrota, el único consuelo que encontraron los navegantes del Río Cincel, fue que su misión estaba cumplida. El conflicto bélico en el Atlántico Sur terminó y eliminó todo tipo de posibilidades diplomáticas de acuerdos bilaterales. Dejó un total de 649 muertos argentinos, frente a 255 bajas inglesas. Para Argentina, significó el fin de la dictadura cívico militar, instaurada en 1976 mediante un golpe de estado al gobierno de Isabel Perón.

-La guerra me dejó tristeza. Por mi hermano, por los soldados que transportamos, por todos los argentinos en general –reflexionó.

APLAUDAN A LA HEROÍNA

A fines de junio de 1982, el Río Cincel volvió a Argentina. “Fue un viaje largo y triste” contó Olga. La joven era la única en el buque que tenía un familiar en el campo de batalla, y la incertidumbre por saber qué había sido de su hermano en los últimos días de la guerra no la dejaron dormir.

Después de cuatro días de navegación, el barco llegó al Puerto de Buenos Aires. Antes de bajar, como el protocolo lo indicaba, Olga se vistió con el uniforme naval: pollera y camisa blanca, corbata negra y blazer, también blanco con charreteras de las Fuerzas Armadas, negras y amarillas. Por último se ató prolijamente el pelo y se puso la boina.

En el embarcadero los recibió el personal marítimo, de la misma manera que lo hacían luego de cualquier otro viaje. La comisario naval estuvo de pie junto al barco, despidiendo a sus colegas, hasta que bajó la última persona. Luego fue hasta la estación de ferrocarril, para volver a su casa en San Martín.

Cuando Olga Cáceres subió al tren, automáticamente los pasajeros se pusieron de pie y la aplaudieron. La joven miró extrañada lo que pasaba a su alrededor y se emocionó hasta las lágrimas. Se sacó la boina y con timidez agachó la cabeza como muestra de agradecimiento.

–Aplaudan a la heroína que vuelve de Malvinas –gritó alguien y ahí comprendió el porqué de tal recibimiento.

–Gracias por luchar por nuestras Islas. –dijo otra persona.

Al atardecer llegó a su casa, se abrazó con sus padres y preguntó por su hermano.

–Ya llegó, está durmiendo. –dijo la madre.

Fue tan grande el alivio de saber que estaba vivo, que cayó desmayada. Después de la guerra, su hermano dejó el ejército. Muchos de sus compañeros de trincheras habían muerto en combate, y él quedó muy shockeado y triste por toda la situación vivida.

Horacio Cáceres nunca le contó en detalles a su hermana lo que había pasado en Malvinas. Solo se limitó a decir que siempre creyó que estaban ganando, porque habían tomado varias posiciones, que tenían la orden de tratar bien a los isleños y que incluso los protegieron de avanzadas inglesas. También le comentó que cuando los británicos lo tomaron como prisionero, lo trataron con cuidado.

Meses después, Olga se recibió en la Escuela Nacional de Náutica y siguió navegando.

–Era tan feliz abordo, tan respetada por mis compañeros. Conocí todo el mundo y aprendí muchísimo. Un día amanecía en Bélgica y al otro en Hamburgo. Conocí Rusia durante la Guerra Fría. Me encantaba esa vida.

En 1985 se casó y abandonó la marina mercante para formar una familia. El primer tiempo le costó muchísimo y lloraba por no poder subir a un barco para navegar. Tiempo después tuvo dos hijos y se mudó a Mar del Plata. Estudió francés y dio clases en escuelas secundarias. También estudió psicopedagogía y desde entonces trabaja en instituciones escolares.

Durante la primera presidencia de Carlos Saúl Menem, fue nombrada veterana de guerra por el Senado de La Nación en un acto ceremonial. Esa fue la única vez que asistió a un evento por Malvinas y la última vez que vio a Marcia Marchesotti, su compañera en el Río Cincel.

–No me esperaba ese reconocimiento, para mí los verdaderos héroes son los que estuvieron en las trincheras. Personalmente, después de la guerra quedé con tristeza, pero no tiene comparación con los suicidios que hubo por parte de ex-veteranos. Ahora tenemos reconocimiento social, y el estado nos ampara en un montón de cosas: cobertura médica, pensiones y asistencia psicológica, pero esa ayuda llegó tarde. Inmediatamente después del conflicto, con el mundial y la emoción por la vuelta de la democracia, hubo un tiempo en el que nadie quería hablar de Malvinas, y fue precisamente en ese momento donde más contención se necesitó –opinó.

Olga cree que la guerra no debió ocurrir, pero que gracias a lo trágica que fue para los argentinos, se puede seguir reclamando soberanía.

–No me gustaría volver a Malvinas para conocer mejor el lugar. Como ciudadana argentina no quiero a las Islas, por lo que vi desde el buque no me gustaron, no había nada. Lo que importa de ellas es su territorio marítimo, esa es la razón por la cual Inglaterra está tan interesada en administrar el archipiélago: la importancia política de su territorio –explicó Olga mientras tomaba café.

Actualmente, la veterana de guerra sigue viviendo en Mar del Plata y de vez en cuando asiste a actividades en un centro de excombatientes de esa ciudad. Lugar donde propuso crear un proyecto para que los hijos de los veteranos sean reconocidos.

–No de manera económica –explicó- sino para que tengan algún tipo de responsabilidad civil de seguir trabajando por la cuestión Malvinas, cuando nosotros ya no estamos, para que no se pierda la historia. Para que todos recuerden a los veteranos de guerra y a los 649 caídos.



Olga Graciela Cáceres junto a sus padres. Acto de graduación en la Escuela Nacional de Náutica. Fines de 1982

LA MUJER VOLADORA

*“Tu vocación reside ahí, donde se cruzan
tu talento y las necesidades del mundo.”*

Aristóteles

Liliana, con su botiquín de combate colgando de un hombro, caminaba en medio de la noche por la pista aérea hacia el Hércules C-130 para ir a Puerto Argentino. Estaba llegando al avión cuando comenzó a sonar la alerta roja en el hospital reubicable, que la Fuerza Aérea Argentina había montado en Comodoro Rivadavia.

-Tuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuu -se oyó cada vez más fuerte.

De inmediato se alejó del avión y empezó a correr, tal como le habían enseñado en su entrenamiento, hacia el refugio que estaba aproximadamente a cien metros. Sabía que la alerta era señal de que los Sea Harrier se estaban acercando demasiado a la costa argentina y había peligro de que bombardearan la pista de aterrizaje.

Liliana, de estatura mediana y delgada, corría rápido pero el fuerte viento sureño y la poca visibilidad de la noche le dificultaban avanzar. Llevaba puesto el uniforme militar verde, el casco y los borceguíes que le pesaban mucho. Mientras corría veía cómo pilotos, oficiales y soldados lograban entrar al refugio. Por un momento creyó que cerrarían la puerta y quedaría sola en la pista, donde tal vez moriría.

–¡Vayan a ayudar a la cabo principal! ¡Vayan! –oyó que gritaba el oficial a cargo.

Con la ayuda de dos soldados logró entrar al refugio subterráneo. Al constatar que no quedaba nadie afuera cerraron la puerta mientras bajaban por las escaleras de fierro hacia el sucio y pequeño sótano cuadrado.

-¿Están todos adentro?- preguntó el oficial- ¿Y la cabo principal?

Dentro del refugio estaba completamente oscuro. Eran muchos y, como el espacio era reducido, se ubicaron uno al lado del otro, apretados. Tenían tanto miedo que empezaron a rezar, después de un rato solo se escuchaban las respiraciones agitadas. Liliana era la única mujer.

–Perdón que la toque, cabo principal –le dijo uno de los jóvenes soldados.
“Mira en lo que se están fijando estos nenes” pensó ella en silencio.

No recuerda cuánto tiempo pasó ahí, no sabe si fueron veinte minutos o tres horas. De pronto se abrió la puerta del refugio y alguien le ordenó que se dirigiera hacia el Hércules, ya que en Malvinas había muchos heridos esperando por el avión sanitario y no se podía cancelar la misión.

–Hay que intentarlo –le dijo un oficial.

¡YO ME METO!

María Liliana Colino tiene pelo negro, ondulado y con flequillo, y sus ojos, pequeños y marrones, se le achinan cada vez que sonríe al recordar el día que leyó el aviso de las Fuerzas Armadas.

–¡Yo me meto!, me dije. Me pareció muy atractivo, era algo nuevo para la mujer, no lo dude y me inscribí. Fue una de las mejores decisiones que tomé en mi vida, conocí a gente excelente, tuve muy buenos colegas y siempre me sentí acompañada.

“Mali”, como la llaman sus más cercanos, nació en diciembre de 1955 en el barrio porteño de Caballito y tenía 26 años en 1982, cuando partió hacia el sur para prestar sus servicios a la patria.

Su mamá era docente y su papá veterinario. Durante su infancia y adolescencia cambió cuatro veces de escuela porque con su familia se mudaban de casa seguido. Iba a guitarra, a inglés y era Scout, le encantaba ir de campamentos y acompañar a su padre al campo o al consultorio para estar con los animales. Amaba estar en contacto con la naturaleza y su ilusión en la vida era ser guardafauna o guardaparque. Sin embargo, por aquellos años esperaba ansiosa terminar la secundaria para estudiar veterinaria.

Cuando cumplió los quince, los scout le pidieron que realice una acción de bien para poder pasar al siguiente nivel. Fue entonces cuando se anotó como voluntaria en el Hospital Durand. Al principio iba una vez por semana, como lo requerían en el movimiento, pero le empezó a gustar tanto estar en contacto con los pacientes y el personal médico que terminó yendo todos los días, de cuatro a siete de la tarde.

–Queremos saber si es verdad que nuestra hija viene todas las tardes al hospital, ella nos dice eso, pero nosotros tenemos miedo de que ande en algo raro. –Le dijo Don Colino, acompañado de su mujer, a la jefa de voluntarios.

–Quédense tranquilos, Lili está toda la tarde acá, y se va a las 19 horas porque la echamos, si fuera por ella se queda más tiempo.

Durante esa época los días de María Liliana se dividían en ir a la escuela por la mañana y ser voluntaria a la tarde. En el hospital ayudaba a enfermeros y médicos en las tareas más simples, también atendía y conversaba con los pacientes internados. Ahí todos la querían y trataban de convencerla para que estudiara enfermería.

En 1974 terminó la secundaria y, como no pudo decidirse entre veterinaria o enfermería, al año siguiente comenzó a estudiar las dos carreras a la vez. “Me las arreglaba para acomodar los horarios y poder cursar veterinaria en la UBA y enfermería en la Escuela Superior Cecilia Grierson” recordó.

Una vez recibida, como en el país aún no existían los guarda fauna quiso pertenecer a los guardaparque. Intentó por todos los medios que la aceptaran pero siempre le decían lo mismo: “no incorporamos mujeres”. Al poco tiempo se enteró por un anuncio que al año siguiente las Fuerzas Aéreas empezarían a sumar mujeres en su personal.

En 1980 Liliana ingresó a la Fuerza Aérea Argentina como suboficial en el área de sanidad. Cumplía las condiciones para hacerlo directamente como oficial, pero el hecho de ser mujer no se lo permitió.

–En esa época, si eras mujer, tenías que hacerte camino dentro de las fuerzas para poder ejercer el puesto de oficial. –explica.

En el Hospital Aeronáutico Central ocupó el cargo de enfermera jefe de terapia intensiva y enfermera jefe de trasplante renal, luego también tomó control de la unidad coronaria. Sus turnos eran de 8 a 16 horas y cumplía guardias de vuelo una vez a la semana. Además trabajaba en dos veterinarias.

Vivía enfocada al trabajo y había días en los que no tenía tiempo de volver a su casa ni siquiera para cambiarse. Debido a eso, en poco tiempo, su auto pasó a ser un placar lleno de ropa en el baúl. Las dos veterinarias y el Hospital Aeronáutico ocupaban toda su rutina y, fuera de eso, no tenía nada, no había tiempo para salir con amigas a divertirse o conocer a alguien y enamorarse.

LAS MALVINAS SON ARGENTINAS

Los días de María Liliana arrancaban a las seis de la mañana con los desayunos que su papá le preparaba. La mañana del 2 de abril de 1982, don Colino abrió la puerta de la habitación de su hija y la despertó a los gritos.

–¡Lili!, ¡Lili!, ¡No sabes lo que pasó, las Malvinas son argentinas!

–¿Cómo que son argentinas, papá? Si siempre lo fueron –preguntó desorientada.

–Sí, pero ahora las ocupamos.

–¡No me digas!

Liliana saltó de la cama, se cambió rápido y tomó el café por la mitad. Ese día salió más temprano de lo habitual para el Hospital Aeronáutico Central, estaba contenta por la noticia y quería saber qué opinaban sus colegas militares. Cuando llegó al hospital, se encontró con que todos estaban igual de sorprendidos y eufóricos que ella.

A mitad de mañana les advirtieron que se vayan preparando, ya que comenzarían a derivar personal sanitario para trasladar el hospital reubicable hacia Comodoro Rivadavia. El mismo consistía en contenedores que formaban salas para una compleja atención médica, capaz de ser trasladado a cualquier parte del mundo y de sobrellevar distintas circunstancias climáticas como así también distintas complejidades de salud por cuestiones geográficas o epidémicas. Dicho hospital, ubicado en el sur del país, sería estratégico en caso de enfrentar una guerra y necesitar trasladar heridos de urgencia.

A los pocos días los superiores de la Fuerza Aérea ordenaron enviar algunas enfermeras para preparar el hospital reubicable, pero Liliana no fue incluida en esa lista. Ese primer grupo de mujeres movilizadas volvió a Buenos Aires ni bien se terminó de armar el nosocomio.

A fines de abril la situación agravó, las reuniones entre las comitivas británicas y argentinas no funcionaron, las mediaciones del gobierno de Estados Unidos tampoco; el conflicto armado era un hecho inminente.

–Sin embargo para mí estaba todo perfecto, Argentina por fin había recuperado a las Islas, las habíamos ocupado, estábamos ahí. En ese momento no tenía consciencia de lo que era una guerra. –Reflexionó Liliana.

El primero de mayo, Inglaterra, por orden de la primera ministra Margaret Thatcher, inició sus ataques aéreos sobre Malvinas consiguiendo averiar la pista de aterrizaje de Puerto Argentino. Al día siguiente, el submarino nuclear británico “HMS Conqueror” torpedea y hunde al buque argentino “ARA General Belgrano”, en un suceso altamente cuestionado, ya que el Belgrano se encontraba fuera de la zona de exclusión que los mismos ingleses habían establecido.

–Recién empezaba la guerra y ya estaban pasando por alto las normas establecidas. Habrán sido muy señores en algunas cosas, pero no respetaron nada. –recordó con enojo.

Ante éste contexto, la Fuerza Aérea comenzó a reunir personal sanitario para ser enviado inmediatamente hacia el sur del país. Una mañana de principios de mayo, mientras Liliana recorría el Hospital Aeronáutico revisando las tareas diarias e inspeccionando las distintas áreas que tenía a su cargo, se le acercó un

oficial de la Fuerza. “En ésta tanda te vas vos” le dijo y se fue por el pasillo, sin más información que esa.

A los pocos días uno de los jefes de la Fuerza Aérea le informó “mañana te vas para Comodoro”. La orden no la tomó con sorpresa, estaba acostumbrada a que la derivaran a distintos puntos del país sin previo aviso porque cada dos meses salía a hacer campañas de salud pública por las provincias. “Yo quería ir, nadie me obligó” repite una y otra vez Colino.

Ese día fue a su casa y avisó a sus padres que se iba para la provincia de Chubut, a Comodoro Rivadavia, a atender a los heridos de guerra. Todos se pusieron contentos, estaban orgullosos de que un integrante de la familia sirviera a la patria. Liliana se duchó, se despidió y se fue, no se llevó nada más que el uniforme y el bolso militar. “No me llevé ni siquiera un shampoo” recuerda. El viaje hacia Comodoro fue corto, iba junto a pilotos de grado militar y cinco enfermeras más, no fue nada especial para ella, estaba acostumbradísima a hacer vuelos.

CAMPO MINADO

El avión de la Fuerza Aérea Argentina, que salió desde la Ciudad de Buenos Aires, aterrizó, luego de dos horas y media de vuelo, en la base aérea de Comodoro Rivadavia. Situada en las inmediaciones de la Ruta Nacional N° 3, donde se halla el barrio militar de la ciudad. Es un gran predio descampado y con playones, en donde están los hangares de YPF y también había sido colocado el Hospital Reubicable.

Al pisar tierra, la tripulación se reunió con el personal militar aéreo que aguardaba allí. Luego, a Liliana y a sus compañeras les otorgaron una habitación de dos por dos, en la que solo había dos camas triples. Una vez que se acomodaron y dejaron sus pertenencias allí, notaron que los hombres les habían dado la bienvenida: en la puerta de la habitación habían colgado un cartel grande que decía “campo minado”. Ellas se lo tomaron con gracia y salieron a encargarse del trabajo que había por delante en el hospital.

El Hospital Reubicable de la Fuerza Aérea Argentina estaba compuesto por once contenedores, pintados de blanco y con grandes cruces rojas, interconectados entre sí. Estaba completamente equipado, tenía quirófano, sala de rayos, sala de terapia intensiva, sala de internación general, sala de odontología, laboratorio, cocina y lavadero.

–Cuando hacíamos las campañas de salud pública solo llevábamos dos contenedores, porque era para vacunar y revisar. Cuando lo vi armado entero, no lo podía creer, es una mole, grandísimo. –recordó.

Las tareas de las enfermeras allí eran recibir a los soldados heridos, hacer el triage para derivarlos a los centros médicos pertenecientes y acordes a la complejidad, atender a los internados, mantener el aseo del lugar y preparar los materiales para la esterilización. No había tiempo libre, o sí, pero era utilizado para hacer compras y reponer materiales de cocina o del hospital, como vendas o alcohol.

Los aviones sanitarios comenzaron a aterrizar cargados de heridos al día siguiente de haber llegado y preparado el hospital. Cuando un avión llegaba, tanto médicos como enfermeras corrían hasta la pista con camillas y botiquines para comenzar a bajarlos y llevarlos hasta las salas de internaciones o quirófanos del hospital reubicable. Los cuadros más comunes con los que arribaban eran estadillos de tímpanos, pie de trinchera, quemados, fracturados y mutilados.

Allí mismo en la pista se hacía el triage y mientras tanto se les ofrecían refrigerios y comida a los soldados que estaban en mejores condiciones. En el hospital reubicable quedaban solo los que pertenecían a la Fuerza Aérea o quienes no podían ser trasladados porque corrían peligro de muerte durante el traslado, pero estos últimos ni bien mejoraron se derivaban a otros centros médicos.

Durante las tardes, Liliana recorría cada sala del hospital, curando, controlando el suero y suministrando las medicaciones a cada herido.

–¿Vos no vivís en Moreno? –le preguntó un joven soldado.

–No, soy de Capital Federal –respondió la enfermera mientras le cambiaba las vendas de la cabeza.

–Creo que te confundí con alguien de mi barrio, te pareces mucho.

Al día siguiente cuando volvía para realizarle las nuevas curaciones se repetía la conversación.

Una tarde Liliana se encontraba curando heridas de infecciones en los pies a causa del frío de las trincheras a un soldado. El joven estaba demasiado delgado, sin fuerzas y no podía caminar hasta que la infección se fuera por completo.

–Señora, ¿a usted le parece que podré volver a Malvinas? –le preguntó el herido.

–Primero tenés que recuperarte.

–Ya me siento bien. Quiero volver, allá están mis compañeros, no puedo dejarlos solos.

–Los soldados tenían una fuerza de voluntad enorme, eso era lo que más me llamaba la atención de ellos. Llegaban en cualquier condición posible, pero querían recuperarse para poder volver al frente. –recuerda Liliana.

La información, que el personal de sanidad manejaba con respeto a lo que ocurría dentro del campo de batalla, era la que venía de parte de los heridos que llegaban al hospital o de los pilotos y oficiales que llegaban a Comodoro luego de ser rescatados. Según Liliana, los soldados aseguraban que iban avanzando, y los militares tenían la certeza de estar ganando.

–En todo momento estuvimos convencidos de que íbamos ganando. Me fui de Malvinas con esa idea. –contó Colino.

LA ÚNICA MUJER EN MALVINAS DURANTE EL COMBATE

Liliana fue la enfermera que se ocupó de armar los botiquines de emergencia médica, que se llevaban en el Hércules C-130 cada vez que se iba a Puerto Argentino en busca de soldados heridos. Equipó cada cajón con materiales para suturar, canalizar, o tratar cualquier tipo de problema, tenía todo lo requerido para sortear las urgencias. Debido a eso, sabía perfectamente dónde estaba cada ampollita.

Una noche uno de los médicos le dijo:

–Lili, ¿no te animas a venir con nosotros? Porque tenemos que transportar a muchos heridos y necesito a alguien que pueda actuar rápido.

–Me enganche enseguida –cuenta Liliana mientras acaricia a sus dos perras caniches –y así fue que empecé a participar de las misiones del Hércules.

El Hércules C-130 es un avión de transporte táctico medio o pesado. Durante el conflicto armado, la Fuerza Aérea Argentina lo utilizó para llevar hacia las islas insumos bélicos y de supervivencia, también para trasladar a los heridos hasta el continente.

Los viajes a Malvinas eran siempre de noche. Unas pocas horas antes se preparaba el avión, se cargaban los containers donde se llevaban insumos para los soldados y los botiquines de emergencia médica. La aeronave llevaba pintada una gran cruz roja porque era de uso sanitario, sin embargo salía de la base de Comodoro Rivadavia con silencio de radio y realizaba todo el trayecto volando a baja altura, casi al borde del mar. El Hércules no podía ser detectado por los ingleses, estos podían atacarlo y derribarlo.

Una noche de mediados de mayo el avión fue cargado de grandes containers metálicos, cuadrados y rectangulares, que incluían desde armamento bélico hasta alimentos y abrigos para los soldados. Llevaban tantos que no quedaba

lugar y la tripulación debió viajar acostada arriba de ellos. Cuando llegó a Puerto Argentino, quedó carreteando, nunca podía parar o aterrizar completamente porque debía estar siempre listo para levantar vuelo nuevamente en caso de ser detectado por las tropas británicas.

Con el avión en movimiento Liliana se arrastró por encima de los containers hasta lograr bajar, una vez en tierra, sus compañeros desde arriba empezaron a tirar los containers al suelo. Estaba todo oscuro, de lejos se escuchaban los bombardeos. El avión seguía carreteando mientras la mujer corría detrás de él, esperando que quedara vacío para volver a subir y poder cargar a los heridos.

El avión por fin fue vaciado y de a poco se empezaron a acercar unas ocho ambulancias marcha atrás, las luces traseras de estas eran la única iluminación en el lugar. Liliana continuaba corriendo detrás del Hércules, debía volver a subir antes de que las ambulancias se acomodaran paralelamente a la nave para bajar a los heridos. De pronto pudo ver que el avión comenzaba a querer levantar vuelo, eso significaba que los ingleses los habían detectado y se estaban aproximando al lugar, tenían que abandonar Malvinas lo antes posible.

Liliana seguía corriendo desesperada detrás del Hércules. El tiempo para permanecer en Malvinas se estaba agotando, debía subir al avión inmediatamente, de lo contrario el piloto despegaría la nave sin ella.

Para ayudarla, un oficial se sujetó de una manija, otro lo agarró de una mano e hicieron una especie de cadena humana. El segundo oficial estiró su brazo y comenzó a hacerle señas a la mujer para que acelerara el trote e intentara tomar su mano. La cabo principal empezó a estirar su brazo derecho hacia adelante mientras corría, hasta que por fin logró tomarle la mano al oficial y quedó con los pies colgando a unos cuantos centímetros del piso. El hombre se sujetó del otro con mayor firmeza y con fuerza la tiró hacia arriba, Liliana voló por el aire moviendo brazos y piernas de un lado a otro hasta que cayó de panza dentro del avión. No había tiempo para respirar y liberar las tensiones del momento, inmediatamente se paró y comenzó a tratar de subir a cuanto herido pudiera.

Las ambulancias se colocaron bien cerca del avión y, mientras este seguía avanzando a causa del carreteo, se iban moviendo para mantener siempre una corta distancia. Los camilleros tomaban a los heridos de las piernas y Liliana los agarraba de las manos y arrastraba hasta el interior del Hércules, colocándolos uno al lado del otro en el piso. Los soldados que estaban en mejores condiciones la ayudaban, se debían cargar la mayor cantidad posible. Esa era la orden que le había dado el piloto, Cristóbal Villegas, “cuando veas que se levanta la panza no pueden subir más pacientes, asique subí a todos los que más puedas”. Luego de

dos minutos, el Hércules tomó vuelo y abandonó Malvinas, ya no podían permanecer allí.

–Esa fue la primera vez que pisé Malvinas. Tenía un cagazo, fue pura adrenalina, creí que el Hércules iba a levantar vuelo sin mí y quedaría en medio de los bombardeos. Años después, en un reencuentro de oficiales que se hizo en Morón, un oficial me preguntó si yo era la mujer voladora. –recuerda entre risas y reflexiona -Para mí no significó nada en especial ser la única mujer en estar en Malvinas, fui una persona más ahí. Era mi trabajo, mi vocación y lo hice voluntariamente.

El Hércules no podía viajar todos los días hacia Malvinas a descargar mercadería y rescatar soldados heridos, las amenazas enemigas eran cada vez mayores y los viajes comenzaron a hacerse con menos frecuencia. Esto, según Colino, fue lo que ocasionó que a los soldados argentinos les faltara comida y abrigo. “Por eso cuando llegan a Puerto Argentino lo encuentran lleno de cosas, llegó un momento en el que ya no se pudieron hacer más viajes en helicópteros para abastecer las distintas posiciones y quedó todo ahí.” Reflexiona.

Años después de la guerra, las personas que se enteraban que Liliana era veterana y de que había participado de los vuelos que despachaban los containers la increpaban.

–¿Por qué no le llevaban nuestras donaciones a los soldados? –Le preguntaban con tono de enojo.

La mujer tenía que explicar que los containers llegaban a Malvinas y que la distribución de los insumos no les correspondía a ellos. Ya que los mismo eran luego cargados en distintos helicópteros y lanzados desde el aire en las distintas posiciones de las tropas argentinas.

Debido a estos cuestionamientos que las personas le hacían, la distribución de alimentos y abrigo era algo que inquietaba a Liliana y cada vez que se encontraba con algún ex combatiente le preguntaba sobre el tema.

–¿Por qué no tenían para comer, si les llevábamos de todo?

–Señora, no nos daban respiro. Cada vez que veíamos que se acercaba un helicóptero con comida, al rato también veíamos cómo lo bajaban antes de llegar a nuestra posición. –Le respondió un veterano en una oportunidad.

NO PODÍAN CREER QUE ESTUVIERAN VIVOS

El último vuelo del Hércules a Malvinas fue la segunda y última vez que Liliana prestó servicios en las Islas. Fue una noche de fines de mayo, el procedimiento fue el de siempre: volar a ras del mar con silencio de radio, llegar

a Puerto Argentino, quedar carreteando, Liliana bajó corriendo, sus compañeros tiraron los containers, se acercaron las ambulancias y se empezaron a cargar los heridos. Esa noche solo se pudieron subir a ochenta soldados, el resto quedó allí.

Mientras se cargaban heridos, el piloto ordenó a los gritos cerrar las puertas de inmediato, debió despegar de urgencia y abandonar las islas. Dos aviones Sea Harrier detectaron la presencia del Hércules y comenzaron a perseguir a la aeronave argentina. Los ochenta heridos más los tres oficiales de la fuerza aérea iban sentados en el piso, aterrados, sin saber qué hacer ante el peligro de que los bombardearan y el avión cayera en medio del mar.

El piloto comenzó a improvisar rutas para salir del territorio Malvinense y estar lo antes posible fuera de los límites legales establecidos para el combate. Direccionaba el timón de un lado al otro, realizando innumerables maniobras, para quitarse de encima a los dos aviones ingleses que venían por detrás. Desde la cabina solo se veían las olas del mar, estaban volando muy por encima del agua, parecía que iban en bote y que en cualquier momento se irían hacia el fondo.

El comandante Villegas abandonó la ruta directa hacia Comodoro Rivadavia, debió dirigirse hacia el sur y bordear las costas de Tierra del Fuego. Los Sea Harrier seguían detrás del Hércules, por lo tanto no podían ingresar al continente argentino, no era seguro. Continuando con las maniobras improvisadas, el piloto decidió desviarse de Argentina, dar la vuelta y volar hasta Chile. Cuando el avión nacional ingresó a los límites geográficos del país vecino, los británicos por fin dejaron de perseguirlo.

Una vez que la nave se liberó de las amenazas de la aviación británica pudo volver a ingresar al país desde el lado chileno. El vuelo duró mucho más horas de lo normal, y al ser con silencio de radio, desde Comodoro Rivadavia no tenían noticia de ellos. Creyeron que los habían bajado.

–Nos persiguieron aun siendo un avión de sanidad, teníamos pintada una cruz roja grande así –dice mientras abre los brazos– es lo mismo que pasó con el Belgrano y lo mismo que pasó con todo, ellos no perdonaron nada, no respetaron ninguna norma de guerra.

Cuando el Hércules por fin aterrizó en la base aérea de Comodoro Rivadavia, ya había amanecido y era media mañana. Todos los que estaban en el predio del hospital reubicable empezaron a correr hacia el avión. Fueron a recibirlos con gritos de alegría y emoción. Al bajar el piloto, Liliana y los dos oficiales de la Fuerza Aérea comenzaron a abrazarlos y tocarlos. No podían creer que estuvieran vivos.

Los primeros días de junio terminó la misión de María Liliana Colino en Malvinas y fue enviada a Buenos Aires. Sus padres y sus tíos la fueron a buscar a la base aérea de Morón. Estuvo solo dos días en capital, luego la Fuerza Aérea la trasladó hasta la Escuela de Aviación Militar de Córdoba para que realizara el curso de oficial. Haber estado en Malvinas, en un contexto de guerra, exigía que le otorguen el cargo de oficial, su género ya no era un impedimento.

A primera hora de la mañana del 15 de junio de 1982 Liliana formó fila para comenzar las actividades del curso militar. El oficial a cargo llegó al lugar y habló:

–Tengo una noticia para darles. Argentina se rindió y en la noche firmó el cese de fuego.

Se produjo un silencio atroz, siguieron las caras de sorpresa y un sinfín de preguntas, “¿cómo puede ser?, ¿cómo que perdimos?, ¿cómo que se rindieron?”. Acto seguido todos los allí presentes comenzaron a llorar.

–Fue la desilusión más grande. Me fui de Malvinas con la certeza de que íbamos ganando, no podía entender cómo nuestros soldados se rendían ante Inglaterra. A mi generación se la educó desde la escuela con que las Islas Malvinas eran argentinas, no nos entraba en la cabeza que ahí estuvieran los ingleses.

Finalizado el curso de oficial, Liliana volvió a Buenos Aires y continuó con su vida, tal cual la había dejado antes de la guerra. Por la mañana trabajaba como enfermera en el Hospital Aeronáutico y por las tardes estaba en las dos veterinarias.

NO PODÍA QUEDARME

Muchos meses después de terminar la guerra, la Fuerza Aérea Argentina organizó un evento para condecorar a los oficiales que habían ofrecido sus servicios durante el conflicto armado. Cuando nombraron a María Liliana, resaltaron su valentía por haber sido la única mujer en haber estado en territorio malvinense durante el combate, sus padres, que la miraban desde abajo del escenario quedaron sorprendidos.

–Ellos solo sabían que iba a Comodoro Rivadavia, después los planes cambiaron y nunca se los conté. Los llamaba durante las tardes o nos escribíamos cartas, estaban tan orgullosos... –recuerda con lágrimas de emoción– nunca supe cómo contarles que había estado en Malvinas, no quería que se preocuparan o que pensarán que me podría haber pasado algo.

Liliana siempre se sintió acompañada por sus colegas oficiales y siempre recibió un respeto absoluto, también destacó que desde la Fuerza Aérea la

tuvieron en cuenta desde la primer condecoración que hicieron. Aunque ochos años después dejó la Fuerza porque no la ascendían.

–¿Por qué presenta la baja, alférez Colino? –le preguntó el jefe aéreo de sanidad.

–Porque no es justo que no me asciendan al cargo de teniente. Hace seis años que soy alférez, según la reglamentación los alféreces ascienden al segundo año y, si van a la guerra, tienen que hacerlo en la mitad de tiempo. Tendría que haber ascendido hace cuatros años. –respondió con firmeza Liliana.

–Es que aún no está autorizado el escalafón.

–Estoy en la Fuerza Aérea desde el '80, ¿cómo puede ser que todavía no esté el escalafón? Si es el mismo para hombres y mujeres.

–En su caso lo tiene que autorizar el congreso. Le prometo que el próximo año la ascendemos.

–¿El ascenso es con retroactividad a la fecha correspondiente? Porque a esta altura ya tendría que ser primer teniente.

–Eso no te lo puedo asegurar.

–Entonces autorícenme la baja.

Luego de dos años le aceptaron la baja. Liliana abandonó la Fuerza Aérea en 1988, un año después comenzaron a ascender a las mujeres. “Me arrepentí de irme porque me sentía muy cómoda en el Hospital Aeronáutico, pero no podía quedarme, sentía que me estaba defraudando a mí misma por no pelear por lo que quería y por lo que era justo. Para mi ser milico no es bajar la cabeza todo el tiempo, siempre peleé por lo que me parecía que era justo y supongo que mi queja, en parte, hizo que comenzaran a ascender a las mujeres”. Dijo al respecto.

Veinte años después de la guerra llegó una carta a su casa, ubicada en el barrio porteño de Flores, lugar donde actualmente vive. La carta la felicitaba por ser considerada una veterana de guerra. Ahí fue cuando se enteró que era veterana, por haber sido la única mujer en pisar territorio isleño durante el conflicto armado.

Unos meses después la invitaron a un evento en su reconocimiento en el Hospital Aeronáutico. Allí colocaron una placa en su honor, pero con el nombre equivocado, en vez de Liliana dice Ileana. El error nunca fue corregido, y hasta el día de hoy sigue con el nombre de una persona que no es ella.

–Cuando vi que se habían confundido de nombre pensé que eran unos pelotudos. –dijo, mientras miraba los innumerables diplomas que tiene colgados de la pared del consultorio de la veterinaria que funciona en su casa.

Hace unos pocos años la citaron en una oficina del Ministerio de Defensa y Justicia de la Nación y le entregaron una pila de diplomas, medallas y

condecoraciones. Nunca se había enterado que la habían citado a actos para entregárselos. “Vivo en una burbuja” pensó.

Con el paso del tiempo llegó a creer que la guerra era la peor pérdida de tiempo y de vida que pueda existir, “aunque ganes, siempre perdés” dijo, tampoco sueña con volver a las islas.

–En estas condiciones no volvería, si fueran argentinas sí, pero así no.

LA POSGUERRA

Luego de dejar la Fuerza Aérea, comenzó a trabajar en la Fundación Favaloro y continuó dedicándose a la veterinaria. Se casó y tuvo tres hijos, Nicole Geraldine, Solange Alexia y Federico Lucas Pablo.

–Los tres nacieron por cesárea y con problemas, por lo tanto después del tercero ya no podía tener más hijos. Todos querían elegir el nombre del más chico, entonces le puse todos los nombres, les dije “dense el gusto porque otro no voy a tener” –recuerda y se ríe.

En el año 2000 se divorció, sus hijos tenían cinco, tres y un año. Tuvo que optar entre contratar a una niñera o dejar un trabajo, fue entonces cuando decidió que la veterinaria la podía ejercer desde su casa, y como en la Fundación Favaloro trabajaba doce horas dos días sí y dos días no, no quiso seguir sin ver por dos días a sus hijos.

Al tiempo de separarse comenzó con infecciones, de repente tenía otitis o sinusitis, llegó a tener cinco neumonías en un año y a pesar cuarenta kilos. La atendieron en el Hospital Ferrer, en Swiss Medical y en el Hospital San Camino y no lograban diagnosticarla.

Un día despertó con cuarenta y un grados de fiebre y un derrame pleural, su mamá la llevó a la guardia del Hospital Durand. Ahí le recetaron antibióticos para bajar la infección y la citaron para el día siguiente a las ocho de la mañana, le pidieron que vuelva con todos los estudios que se había realizado hasta el momento. “Tenía tantos que los tenía que llevar hasta en un changuito” dice.

Al otro día la neumóloga vio todos sus análisis clínicos y la revisó, luego levantó el teléfono.

–Tengo una paciente para ustedes –dijo la doctora.

Liliana fue derivada a la sala de inmunología, cuando llegó la estaban esperando para tomarle una muestra de sangre. Le advirtieron que podían existir noticias buenas o malas.

Colino volvió a los quince días con los resultados, le dijeron que tenía una inmunodeficiencia común variable y que tendría que recibir una medicación de

por vida. Era una enfermedad de las consideradas raras, en ese momento solo había cinco pacientes diagnosticado con esa patología en el Durand, consistía en el bloqueo de la formación de anticuerpos.

Los médicos comenzaron a indagar para poder dar con el origen de la enfermedad, hasta el momento no había indicios para que una mujer joven de 45 años presentara dicha patología. Le comentaron que podría deberse a algún tipo de estrés postraumático.

–Yo fui a Malvinas. –les dijo a los médicos, hasta el momento nunca lo había mencionado, tampoco había hecho terapia psicológica.

Los doctores quedaron sorprendidos, pero pronto comprendieron la situación. Le explicaron que el estrés postraumático bloquea la formación de anticuerpos y, en el caso de tener la predisposición genética, se manifiesta en forma de inmunodeficiencia, incapacitando al organismo para luchar contra las infecciones.

En el hospital le dieron la documentación necesaria para comenzar con los trámites para recibir la medicación. “Fue un karma” recuerda, luego de un año entero presentando informes médicos y de amenazar con que llamaría a los medios de comunicación consiguió que se la den. Al principio le hacían mal, se brotaba, sentía punzadas en todo el cuerpo, se ponía pálida y violeta y debía andar con barbijo. Al tiempo le cambiaron la medicación y por fin pudo empezar a hacer vida normal.

Liliana debe inyectarse ochenta mililitros simultáneos de inmunoglobulinas una vez por semana. Al ser muy flaca y de contextura mediana, no tiene tejidos simultáneos, lo que imposibilita que pueda inyectarse en el brazo o en la pierna, por no tener lugar suficiente para depositar la inmunoglobulina. Los primeros años lo solucionó inyectándose la dosis en la panza, hasta que terminó con una apendicitis gangrenosa por peritonitis, debido a las reiteradas inyecciones. La cicatriz que le dejó la operación prohibió que se siga suministrando la medicación en la panza, ahora debe darse los pinchazos en la cintura.

Los medicamentos de Liliana son importados de Suiza y tienen un costo altísimo de cuatro mil dólares cada frasco, ella necesita dos frascos de cuarenta mililitros por semana.

–Si no fuera por la pensión de veterana no podría comprarlos –dice y suspira.

Psicológicamente cree que la guerra la fortaleció y que le cambió la vida totalmente.

–Sentir que te están persiguiendo, bombardeando o que en cualquier momento le pueden tirar un misil al avión en el que vas volando, hacen que no le des importancia a las cosas superfluas. Aprendí a disfrutar de lo que pasa sin cuestionarme y a vivir del presente. –reflexiona.

Actualmente vive en Flores, un barrio porteño de casas bajas en donde todos se conocen. Trabaja como veterinaria y se reúne todos los primeros miércoles del mes con sus compañeros de la Fuerza Aérea durante la guerra de Malvinas. Ella es la única mujer que asiste a las reuniones, al igual que fue la única mujer en pisar las Malvinas durante la guerra.

Cree que el desinterés social por la labor de las mujeres durante el conflicto bélico en realidad se debe a la ignorancia, “la mayoría de las personas ni siquiera saben que fueron mujeres a Malvinas” comenta.

En el barrio se siente feliz y acompañada, lo que más le gusta es que la gente allí es muy solidaria y nunca dan vuelta la cara cuando a alguien le pasa algo. El día que regresó a casa luego de la operación por peritonitis se quedó asombrada por la cantidad de vecinos que fueron a visitarla, estaban preocupados porque no la veían desde hacía unos días. Son muy pocos los que saben que estuvo en Malvinas.

–No me engancho en salir de este ambiente, me siento re cómoda acá, soy re feliz, es como si estuviera en medio del bosque.



María Liliana Colino en su veterinaria. 2019

GUERRA AL OLVIDO

–La Junta Militar solicita instrumentadoras quirúrgicas, que se presenten como voluntarias, para ser enviadas a las Islas Malvinas a atender a los heridos de guerra. –anunció un oficial del Ejército Argentino.

Alrededor de veinte mujeres dieron un paso al frente.

–Deberán partir mañana mismo –agregó.

Automáticamente comenzaron a retroceder hasta que quedaron adelante solo cinco. Una de ellas era Silvia, una joven de veintitrés años que tenía el pelo lleno de rulos y largo hasta la cintura, y que esa mañana se preparaba para dictar una clase práctica de instrumentación quirúrgica en el Hospital Militar Central de Palermo.

Silvia no vaciló en ningún momento y ni bien el oficial terminó de leer el mensaje, que llegaba desde el Estado Mayor, se presentó en dirección para reafirmar sus ganas de ser enviada como voluntaria. Allí le dieron una bolsa militar de un metro para llevar sus pertenencias, una medalla con su nombre y grupo sanguíneo, por si le llegaba a pasar algo, y los pasajes para viajar.

Luego, el oficial que llegó con el mensaje le solicitó que se dirigiera al depósito a retirar un uniforme, le otorgó el resto del día libre y la citó a las cuatro de la mañana en el hospital para partir.

Silvia, desde hacía un año, estaba en pareja con un médico cirujano de grado militar, que trabajaba en el mismo lugar que ella. Cuando éste se enteró que su novia se había ofrecido como voluntaria para ir a la guerra, salió a buscarla por cada rincón del enorme edificio.

–¿Cómo vas a ir a una guerra? Yo soy militar de carrera y nadie me convocó ¿y vos que sos mujer, y civil, vas a ir? –le dijo, intentando convencerla para que no fuera.

–Voy a ir aunque no te guste. –respondió la joven.

Después pensó, “hombres hay muchos, guerra una sola” y sin dudarlo le puso fin a la relación.

DIBUJAR MALVINAS

Silvia Barrera tiene hoy 61 años. Es de estatura baja, lleva el pelo corto rojizo y sus ojos son oscuros. De su rostro lo que más llama la atención es su cutis, que es suave y parece de porcelana. Pinta sus labios de un sutil tono rojo y las uñas de negro, de sus muñecas cuelgan unas cuantas pulseras y un reloj plateado. “Siempre fui una mujer muy coqueta” dice desde su oficina en el Hospital Militar.

Nació en abril de 1959 en el barrio de San Martín, donde pasó toda su infancia y juventud. Perteneció, desde su nacimiento, al ámbito militar: su papá era un oficial del ejército retirado y vivió junto a él, su madre y su hermana menor en una casa ubicada frente al Círculo de Suboficiales del Ejército. Todas sus amigas eran también hijas de militares.

Su padre, Juan Lázaro Barrera, siempre quiso tener hijos varones para poder enviarlos al colegio militar. Como no los tuvo, optó por enseñarles a sus hijas que lo más importante era estar siempre al servicio de la patria.

De chica la enviaron a formarse en el colegio de monjas “Emilia Moutier de Pirán”. Su recuerdo más preciado de esa época son las clases de geografía e historia. En donde prolijamente calcaba a mano el mapa de la República Argentina de norte a sur.

–Recuerden que si no incluyen a las Islas Malvinas, el trabajo está mal. –solía advertirle la maestra a sus alumnos.

Y esa era la parte que más le gustaba a Silvia, dibujar con dedicación cada una de las curvaturas del archipiélago hasta que quedara perfecto.

–Toda la enseñanza patriótica y nacionalista que tuve en mi casa y en el colegio fueron entrando y ya tenía incorporado desde muy chica que las Malvinas son nuestras, entonces llegado a la guerra era obvio que quisiera ir. –Reflexionó.

Durante la edad escolar, en los tiempos libres le gustaba hacer deportes, jugaba vóley y practicaba natación en el Círculo de Suboficiales. De más grande tenía como hobby viajar, le encantaba subirse a un avión y recorrer las distintas provincias.

También se sentía atraída por los temas relacionados a la salud, y cuando terminó la secundaria estaba indecisa por qué carrera seguir, las opciones eran azafata o medicina. Como su padrino era un cirujano muy reconocido en el Hospital Ramos Mejía, se lo consultó.

–No sigas medicina, no vas a terminar. Es una carrera larga y vas a sufrir muchos desplantes de los hombres; por qué mejor no estudias instrumentación quirúrgica, que es una carrera más fácil, corta y más de mujer. –le aconsejó.

–Lo que era el pensamiento de los hombres en esa época. –Expresó.

Fue así que Silvia se decidió y comenzó a estudiar instrumentación quirúrgica en el Hospital Ramos Mejía. Una vez recibida quería empezar a trabajar rápido y, como sus contactos estaban en el ámbito militar, presentó currículum en el Hospital Militar Central “Cirujano Mayor, Dr. Cosme Argerich” y en el Hospital Naval “Cirujano Dr. Pedro Mallo”. Al poco tiempo la solicitaron en el primero y comenzó a cumplir funciones por las mañanas.

VAMOS GANANDO

–El día 30 de abril del corriente año se declaró el Estado de Guerra en el Atlántico Sur. El primero de mayo el Reino Unido inició los ataques aéreos sobre las Islas Malvinas. –rezaba el primer parte oficial de guerra que un oficial del ejército leía en el Hospital Militar Central.

Casi un mes atrás, el 2 de abril de 1982, Silvia iba de camino al trabajo cuando por radio oyó la noticia: tropas argentinas invadieron las Islas Malvinas, por orden del entonces presidente de facto, Leopoldo Fortunato Galtieri. El fin de la operación era recuperar la soberanía frente a Gran Bretaña, que las ocupaba ilegalmente desde 1833.

–Sabía, por los movimientos en el hospital, que algo se estaba gestando. Nunca imaginé que el tema era con Malvinas, como veníamos del conflicto de 1978 con Chile, creía que el asunto iba a ser con ellos. –Contó Silvia.

Cuando llegó al hospital todos los hombres de la institución se estaban ofreciendo, voluntariamente, para ser enviados hacia Malvinas en caso de que estallara una guerra. Ella tuvo muchas ganas de ofrecerse, hasta que el director del hospital dijo “a Malvinas solo irán quienes sean militares de carrera” y desistió.

La guerra empezó y todos los días las tres Fuerzas Armadas en conjunto con el Ministerio de Defensa de la Nación, enviaban al Hospital Militar un parte informando sobre lo que ocurría en Malvinas. El personal que había quedado en Buenos Aires, ni bien llegaba al lugar, se reunía en el hall principal a escucharlos. Solo luego comenzaban con las actividades laborales.

El día 4 de mayo del corriente año, dos aviones argentinos atacaron al buque destructor inglés HMS Sheffield, dejándolo inutilizado y luego hundido. Veinte de sus tripulantes han muerto.

El parte impactó a todos, dentro y fuera del hospital, ya que era el primer buque de guerra inglés hundido luego de la Segunda Guerra Mundial. En el nosocomio festejaban, creyendo que la victoria estaba cerca. La prensa gráfica, por su parte, exaltaba la sensación triunfalista publicando en tapa títulos como “Estamos Ganando”, en el caso de la Revista Gente. Sin embargo, los siguientes informes no fueron tan alentadores.

El día 27 de mayo se efectuó un avance inglés sobre Darwin y Pradera del Ganso. Las tropas enemigas fueron reforzadas por nuevos contingentes. Hubo 55 bajas argentinas y 19 bajas británicas.

Ante este contexto, la Revista Gente reafirmaba la victoria titulado “Seguimos Ganando”. Dentro del hospital, el ambiente seguía siendo esperanzador.

–No tomábamos conciencia de lo que pasaba, de lo que estábamos viviendo. Todos estaban preocupados por el mundial de fútbol, que estaba por empezar, y seguíamos creyendo que íbamos ganando. –Analizó Silvia.

Con el avance de la guerra, y el número elevado de heridos y muertos argentinos, el personal militar en Malvinas comenzó a notar que los enfermeros no contaban con la preparación adecuada para rotar por los quirófanos o manejar urgencias y operaciones. Fue entonces que, el 7 de junio de 1982, se abrió una convocatoria de instrumentadoras quirúrgicas, las cuales debían ofrecerse por voluntad propia, ya que todas con las que contaban los hospitales de las fuerzas armadas eran civiles y sin preparación militar.

–Ahora sí es mi oportunidad. – pensó Silvia cuando llegó el pedido.

QUIERO VER TODO LO QUE VAS A VIVIR

Después de ofrecerse como voluntaria y presentarse en dirección, Silvia fue a retirar el uniforme. En esa época aún no estaban incorporadas las mujeres en el ejército argentino, las primeras egresarían al año próximo. Por lo tanto, no había vestimenta acorde a la contextura física femenina.

En la oficina del depósito les dieron un uniforme de fajina verde, de hombre y de verano. Tanto el pantalón como la camisa les quedaban gigantes y los borceguíes más chicos disponibles eran número 42.

–Cuando me lo probé parecía disfrazada. Con los borceguíes no podía caminar bien, me quedaban muy grandes porque yo calzaba 36 y, por más de que usara dos pares de medias juntas, no lograba ajustarlos.

Ese día se desocupó más temprano de lo habitual. Aprovechó y llevó a que le achicaran un poco el uniforme y se compró productos de higiene personal.

Luego se miró al espejo y mientras se acariciaba los rulos pensó:

–¿Qué voy a hacer con este pelo tan largo?

De un impulso se dirigió hasta la peluquería del barrio y pidió que se lo cortaran por encima de los hombros. La peluquera obedeció, tomó la tijera y de a poco cortó unos cuantos centímetros. Desde ese día, Silvia jamás volvió a tener el pelo largo.

Cuando volvió a su casa, avisó a su familia que a la madrugada partiría para Malvinas a asistir en las cirugías de los heridos. Su mamá no emitió sonido, no reaccionó. Su padre, en cambio, se puso feliz. El hombre saltó de la silla en la que se encontraba sentado y salió corriendo hasta el auto. Manejó hasta el centro comercial del Puente Saavedra y, en el local de Frávega, compró la cámara de fotos más chiquita que encontró, una Minolta Pocket. Después pasó por una casa de fotografía y compró diez rollos fotográficos.

–Saca fotos de todo, quiero ver todo lo que vas a vivir, quiero saber cómo es una guerra por dentro. –le dijo Barrera a su hija, exaltado, cuando volvió.

–Estaba chocho de que su hija fuera a la guerra, él quería saber cómo era, nunca había estado en una y la de Malvinas llegó cuando ya estaba retirado.

–recordó Silvia.

LAS PRIMERAS MUJERES DE VERDE

A las cuatro de la mañana en punto, Silvia llegó al hospital con el uniforme verde militar arremangado de todos lados, aun habiendo pasado por una modista le seguía quedando grande. De un hombro cargaba la bolsa de combate, que había llenado con ropa, productos de higiene, maquillajes y la cámara de fotos.

Se despidió de sus padres y se unió a sus compañeras que también se habían ofrecido: Norma Navarro, María Marta Lemme, Susana Mazza, Cecilia Ricchieri y María Angélica Sendes (proveniente del Hospital de Campo de Mayo y la única que no conocía). Todas rondaban entre los 23 y 33 años.

Las mujeres partieron junto a un grupo médico, que iba de refuerzo, hacia el aeropuerto. A las seis de la mañana tomaron en El Palomar un vuelo de línea de la empresa nacional, Aerolíneas Argentinas, con destino a Río Gallegos.

–Éramos las primeras mujeres vestidas de verde. Cuando subimos al avión todos nos miraban extrañados. –Recordó.

Cerca de las nueve de la mañana el avión aterrizó en la ciudad santacruceña. La cual, por su cercanía a las Islas Malvinas, se pensaba que sería el próximo destino de ataque de los británicos. En el aeropuerto el personal médico se fue y ellas quedaron con un solo doctor esperando que alguien fuera a buscarlas y les dijera qué pasos seguir.

Después de un rato esperando, el médico que estaba con ellas seguía parado junto a su equipaje.

–No se muevan de acá, ya va a venir alguien y nos va a decir a dónde tenemos que ir.

Sin embargo, las mujeres se dividieron tres y tres y salieron a recorrer el aeropuerto en busca de alguna persona que pudiera orientarlas.

–Disculpe oficial, venimos desde Buenos Aires, tenemos que ir a Malvinas ¿sabe con quién nos tenemos que comunicar? –preguntó Silvia a un uniformado que recorría el aeroparque.

El hombre la miró de arriba abajo y, cuando notó que iba vestida con un uniforme militar, no le respondió y siguió caminando. Sin embargo la mujer siguió insistiendo.

–Señor, somos instrumentadoras quirúrgicas que vamos a Malvinas, ¿podría decirnos en dónde reportarnos? –preguntó a otro hombre.

–¿Mujeres en Malvinas? – dijo el oficial riéndose –Imposible.

El aeropuerto estaba lleno de personal militar, a pesar de ello ninguno se dispuso a ayudar a orientar a las instrumentadoras quirúrgicas.

–Nadie nos creía que íbamos a la guerra. –Recordó Silvia.

Luego de un largo tiempo buscando ayuda, vieron a un médico que había trabajado en el Hospital Militar Central de Palermo. Le preguntaron si podía ayudarlas, éste al principio desconfió de que en verdad estuvieran destinadas a Malvinas.

–Lo mejor es que las lleve hasta el Hospital Militar de Río Gallegos, ahí podrán decirles qué hacer. –improvisó el hombre.

Las mujeres fueron trasladadas en un jeep, que aún mantenía las escarchas de la helada de la noche anterior, y que en las ruedas tenía cadenas para no salirse de la ruta por causa de la nieve. Durante el recorrido pudieron observar un panorama con respecto a la guerra totalmente distinto al de la Ciudad de Buenos Aires. El aeropuerto tenía todas las ventanas cubiertas, las ventanas de las casas estaban tapiadas con madera, las casas estaban camufladas de verde para perderse entre el paisaje desértico, y en las calles había vehículos militares y personal militar por todos lados.

–Recién ahí tomé conciencia de lo que estaba pasando. En Buenos Aires todos andábamos como si nada, repitiendo que íbamos ganando y en el sur era otra la realidad. La situación había cambiado totalmente.

En el Hospital Militar de Río Gallegos, las instrumentadoras quirúrgicas se presentaron en la dirección diciendo que venían desde Buenos Aires con destino a Malvinas. Otra vez nadie les creyó.

–Imposible. El pedido fue de instrumentadores quirúrgicos hombres, militares. Nadie solicitó mujeres para la guerra. –dijo el director.

Luego los directivos se comunicaron con el Hospital Militar de la Capital Federal y por fin pudieron constatar que verdaderamente eran ellas las enviadas.

Las mujeres fueron movilizadas hasta un pabellón logístico donde les dieron ropa de invierno y les enseñaron a ponerse los borcegués rápido. Alrededor de las once de la mañana, las llevaron hasta la ciudad de Punta Quilla, donde las dejaron encerradas solas en un galpón de la Fuerza Aérea.

–Nadie nos decía nada. Solamente dijeron que esperemos a que llegara el helicóptero que nos iba a llevar hasta el buque hospital Almirante Irizar, como si fuera tan normal esperar un helicóptero, nunca habíamos subido a uno hasta ese momento. –Recordó Silvia.

Estaban cansadas, no habían dormido en toda la noche, tampoco habían desayunado. Los borcegués les quedaban grandes, les lastimaban los pies y les resultaban muy pesados para caminar. Además cargaban de los hombros la bolsa militar, de un metro de alto, llena de ropa y pertenencias. La espera del helicóptero se hacía eterna.

–Por lo visto los hombres no nos quieren acá. –dijo Silvia a sus compañeras y luego las desafió – Ni se les ocurra dejar que nos lleven las bolsas.

–Ni locas. –respondieron en coro.

QUE SE VAYAN ESTAS CHIQUITAS

El 8 de junio de 1982, alrededor de las cuatro de la tarde, bajo una llovizna fina e incesante, un helicóptero militar argentino aterrizó en el helipuerto del buque hospital ARA Almirante Irizar. El barco se encontraba encallado entre los límites del Mar Argentino y el Océano Atlántico Sur.

A bordo aguardaba impaciente una comitiva de oficiales de la Marina de Guerra, de la Armada Argentina, junto al equipo médico militar, por los refuerzos sanitarios para el quirófano. En total estaban embarcados unos mil hombres más.

La puerta del helicóptero se abrió y seis jóvenes mujeres, uniformadas de pies a cabezas, comenzaron a bajar. Una a la vez. Los marinos abrieron bien grandes los ojos y la boca ante la sorpresa. Comenzaron a mirarse entre todos, desorientados, y a los pocos segundos los invadió el pánico.

–¡¡Nos van a hundir!!

–¡¡Vamos a morir todos!!

–¡¡Los ingleses nos van a bombardear!! –Fueron algunos de los gritos desesperados que se oyeron de los tripulantes.

El jefe de cubierta estaba pálido frente a la escena que estaba ocurriendo delante de sus ojos. No podía creer que de la aeronave estuvieran descendiendo seis mujeres vestidas con uniformes militares.

–¡¡Que se vayan éstas chiquitas, que se vuelvan a subir al helicóptero!!

–Comenzó a gritar mientras caminaba y movía los brazos de un lado al otro–
¡¡No las quiero en mi barco, que se vayan!!

Existía una antigua superstición marina que decía que mujeres y sacerdotes a bordo traían mala suerte. Sin embargo, la orden era dejarlas allí y que pudieran trabajar a la par de los médicos militares en las intervenciones quirúrgicas. Los más de mil hombres que se encontraban en el buque sanitario no tuvieron otra opción que aceptarlas y aprender a convivir con ellas, por lo que restaba de la guerra.

LA PRIMERA NOCHE A BORDO

Ante la desesperación de creer que en cualquier momento el barco podría hundirse, el jefe de cubierta ordenó hacer un simulacro de zafarrancho de combate antes de zarpar hacia las Islas Malvinas. El mismo consistía en preparar a toda la embarcación para afrontar una acción de guerra.

Mientras las seis mujeres veían como los hombres corrían de un lado al otro, les dieron, solo a ellas, un mapa con la ubicación de la balsa de emergencia que les correspondía. El buque tenía un total de ocho pisos, y cuando salieron en busca de la balsa se perdieron por los pasillos intentando encontrarla. Solo después de que se hiciera el zafarrancho de combate, el Almirante Irizar zarpó hacia a las Islas Malvinas.

El atardecer avanzaba y las mujeres aún no tenían un camarote asignado para poder dejar sus pertenencias y descansar un poco. Estaban todos ocupados y nadie quería cederles una habitación. Hasta que el comandante del buque se hizo presente.

–Quienes estén hospedados solos en habitaciones triples, se deberán juntar y dejar de inmediato dos camarotes libres para que las mujeres se puedan acomodar. Es una orden. –dijo y se fue.

Silvia se alojó en una habitación triple junto a Norma Navarro y Cecilia Ricchieri. En el segundo camarote se acomodaron María Angélica Sendes, María Marta Lemme y Susana Mazza. Luego de dejar sus bolsas y elegir en qué cama dormiría cada una, se volvieron a juntar las seis y salieron a conocer el buque por completo.

El Rompehielos ARA Almirante Irizar, en la época, era una de las embarcaciones más prestigiosas de la Armada Argentina, por ser el buque de uso militar más grande del hemisferio sur y por las operaciones de salvamento y apoyo científico que realizó durante los tiempos de paz.

Para la guerra de Malvinas fue reacondicionado como buque hospital en menos de cuarenta y ocho horas. Pintado de blanco y con grandes cruces rojas por todos lados. Contaba con más de doscientas cincuenta camas para internación, cuatro salas de quirófanos, laboratorio, dos salas de terapia intensiva, sala de rayos, área para traumatología y quemados. También tenía un helipuerto, un hangar y hasta un casino.

–Era impresionante, bellísimo. Con cuatro pisos para arriba y cuatro pisos para abajo. Hermoso, parecía un crucero de paseo. –lo describió Silvia.

Esa primera noche a bordo, mientras el barco se dirigía a Malvinas, las mujeres siguieron tratando de descubrir cuál era la balsa que les correspondía en caso de emergencia. Estaban nerviosas y ansiosas ante la expectativa de llegar hasta las Islas y comenzar a trabajar en el Hospital de Puerto Argentino.

Más tarde fueron presentadas con todo el personal médico, cenaron y los oficiales de la Armada Argentina las invitaron a tomar café. Después de la cena empezaron a organizar y a dividir las tareas que vendrían.

–Acordamos respetar la especialidad de cada una. Susana haría cardiovascular, Cecilia traumatología, María Angélica oftalmología y Norma, María Marta y yo cirugía general. –contó

Mientras se organizaban, los médicos les comentaron que todavía no tenían preparados los quirófanos. Había que esterilizar las cajas instrumentales y separarlas por especialidad. Por lo tanto, también se encargaron de eso. Durante la noche armaron cajas instrumentales de tórax, abdomen, de cardiovascular y traumatología. También dejaron esterilizados y preparados por completo los cuatro quirófanos.

–Esa primera noche no dormimos. –recordó.

MI PRIMER PACIENTE

El ARA Almirante Irizar llegó a las Islas Malvinas un poco antes del amanecer. Quedó encallado a quinientos metros de la costa de Puerto Argentino, desde las ventanas y la superficie del barco se podía ver lo que estaba ocurriendo en tierra.

Los oficiales de la Armada avisaron a las instrumentadoras quirúrgicas que no podrían bajar del buque y dirigirse hasta el hospital de Puerto Argentino. La negatoria se debía a que corrían peligro de que los ingleses las tomaran como prisioneras, por lo tanto, debían quedarse y cumplir funciones desde allí.

–En ese momento pensé “que buenos que son, nos están cuidando”. Hoy creo que eran unos machistas de mierda que no nos dejaron bajar a Puerto Argentino porque éramos mujeres. –Reflexionó Barrera.

Al poco tiempo de llegar, el helicóptero sanitario aterrizó en el helipuerto del buque con los primeros heridos. Médicos y enfermeros corrieron a recibirlos y bajarlos para que la aeronave volviera a salir en busca de más.

Antes de llegar al Almirante Irizar, los heridos eran trasladados desde el campo de batalla hasta los puestos de socorro. Allí se les realizaban los primeros auxilios, se frenaban sangrados o se comenzaban con los trabajos clínicos para prevenir infecciones futuras. Mientras se hacía esto, eran llevados por ambulancias hasta el hospital de Puerto Argentino para profundizar las atenciones y ser intervenidos quirúrgicamente de ser necesario. Luego de ser operados o establecidos, y solo sin correr riesgo de vida durante el traslado, eran derivados mediante helicópteros hasta el Irizar para continuar con los tratamientos. Este protocolo solo se pudo seguir el primer día, luego cambió todo.

Al buque los pacientes llegaban con una tarjeta colgada del cuello, en donde se detallaban los cuadros que presentaban y las intervenciones médicas realizadas hasta el momento. Cada uno era internado en las salas acorde a sus complejidades.

–Llegaban mudos. Venían de pasar más de 60 días en la intemperie, sucios, con frío, con hambre. A lo primero no querían hablar, hasta que se bañaban, comían, estaban calentitos y sabían que volvían a sus casas. Ahí sí empezaban a hablar. –Recordó Silvia.

En el primer contingente de heridos que llegaron al buque estaba un soldado que había sido operado de urgencia, porque le explotó una bomba muy cerca de él. Estaba inconsciente y durante el traslado había desmejorado su estado. Ni bien llegó al barco debió ser sometido a una neurocirugía.

En el quirófano estaban Silvia y Norma, con la vestimenta acorde para instrumentar una cirugía: gorro, guantes y barbijo. Solo se les veían los ojos. La cirugía empezó, Silvia le pasaba los utensilios necesarios al cirujano, al joven soldado se le abrió la cabeza y se le colocó una válvula en el cerebro. Luego fue alojado en una cámara hiperbárica de alta complejidad, sin embargo no sobrevivió y murió.

–Fue mi primer paciente, del único que me acuerdo cómo fue su cirugía y qué cuadro presentaba cuando llegó. También el único que murió en el Irizar. De los demás no tengo recuerdos, se me borraron. Hay muchas cosas de la guerra que se me olvidaron.

Ya en las primeras horas, las tareas y urgencias que se presentaron sobrepasaron el trabajo. Las mujeres además de instrumentar también empezaron a oficiar de enfermeras circulantes. Silvia iba por los pasillos con la bandeja de curaciones desinfectando heridas y cambiando vendas a los heridos internados.

–Cuando vuelva a mi casa le voy a pedir a mi mamá que me cocine ravioles. Son los más ricos del mundo. –le dijo uno de los jóvenes soldados mientras le curaba una herida de bala en el abdomen.

Cuando terminó de curarlo y quiso salir de la habitación el soldado empezó a gritar.

–No te vayas, quédate, vamos a charlar un poco más.

Y lo mismo ocurría con cada paciente que ella o sus compañeras visitaban.

–Ellos nos querían acaparar, nos hablaban de sus familias, de sus planes cuando volvieran. No hablaban de la guerra y tampoco hacía falta, imaginábamos por lo que habían pasado por las condiciones en las que llegaban. Ellos querían que nos quedemos charlando todo el tiempo, pero era tanto el trabajo que había que no podíamos. Después el jefe de cubierta nos pidió que solo nos ocupemos de los que seguían graves.

CONTRA VIENTO Y MAREA

Al día siguiente el clima en Malvinas desmejoró. Además de la llovizna incesante típica del lugar, había mucho viento. Se debió suspender el arribo de los heridos mediante helicópteros y comenzar a utilizar barcos pesqueros para trasladarlos. Estos llegaban cargados de heridos y se ponían pegados al Irizar, luego se pasaban a una balsa y eran subidos hasta llegar a la proa del buque hospital para ser trasladados a las distintas salas.

–Todas estas maniobras llevaban horas, se atrasaban las cirugías y las curaciones a los que ya estaban internados. Era el segundo día y ya no dábamos abasto.

El clima siguió desmejorando. Lloviznas, vientos fuertes y las olas del Atlántico eran cada vez más intensas, los barcos pesqueros se movían mucho y ya no podían ponerse pegados al Irizar. Ahora para pasar a los heridos, desde los pesqueros debían tirar una red y por medio de esta movilizarlos con cuidado hasta un gomón y desde ahí subirlos al buque hospital.

–Tanto movimiento hacía que las heridas se les volvieran a abrir, entonces cuando llegaban al Irizar teníamos que volver a coserlos e incluso a veces también volver a operarlos. –Recordó Barrera.

Las olas altas y alborotadas del Océano Atlántico chocaban contra el buque hospital y hacían que éste se moviera de un lado al otro. Mientras el barco se balanceaba, Silvia preparó uno de los quirófanos para una cirugía oftalmológica, de las que más precisión del pulso requerían.

La joven ató con vendas de tela sus pies a la camilla donde se encontraba el paciente, la cual a su vez estaba aferrada al piso mediante cadenas. Lo mismo hicieron el médico cirujano, el anestesista y el enfermero. Después cada uno comenzó a atarse de la cintura también a la camilla y conectaron las vendas entre sí, asegurando que los nudos quedaran fuertes y tirantes. Luego, probaron por unos minutos que los movimientos bruscos del barco los moviera a todos en la misma dirección. Sólo cuando esto fue comprado, la cirugía comenzó.

–Fue la única forma que encontramos para que los movimientos del buque no impidieran las operaciones. Todas las cirugías que siguieron se hicieron así, y todas fueron un éxito, aunque se tardaba más de lo normal. –Explicó Silvia.

En los días siguientes no solo el clima complicó las actividades. El combate se hizo mucho más intenso y el número de heridos argentinos se multiplicó. El hospital de Puerto Argentino colapsó, por lo tanto, del puesto de socorro eran directamente llevados hasta el Irizar.

–Los soldados llegaban completamente negros a causa de la turba del campo de batalla. Había que bañarlos y cepillarlos con cerdas. Era tanto lo que se impregnaba la turba al cuerpo que no te dabas cuenta si estaban heridos o no. –Recordó.

CHIQUITITA DIME POR QUÉ

Una noche las seis mujeres se encontraban en la proa del barco. Habían terminado de instrumentar cirugías temprano y estaban libres de tareas hasta que surgiera alguna emergencia.

Desde el Irizar podían ver los destellos de luces que causaban los bombardeos, iluminando las distintas posiciones de los soldados, tanto argentinos como británicos. Un oficial de la Armada que salió a fumar las vio y las invitó a tomar café junto a él y sus colegas, en la sala del casino del buque.

La gran sala de casino estaba equipada con tecnología moderna de la época, comprada en los distintos países que el Almirante Irizar visitaba en sus misiones de salvataje o apoyo científico, anteriores a la guerra. Había televisores a color, videocaseteras, radios y juegos de mesas que en Argentina aún no estaban disponibles.

Cuando las mujeres entraron a la sala, en uno de los televisores estaba la cara de Agnetha Fältskog en primer plano. Con el cabello rubio, los párpados pintados con sombra rosa y los pómulos ruborizados. Los marinos batían café mientras tenían la mirada fija en el televisor. El plano se abrió y ahora en pantalla aparecían los cuatro músicos de ABBA –un grupo musical sueco que en la época era furor–, parados en un escenario, vestidos completamente de blanco, y frente a un gran público que aplaudía sin parar.

–Chiquitita, tell me what's wrong –empezó a cantar Agnetha con la voz suave que la caracterizaba.

–Chiquitita dime por quééé –murmuró por lo bajo un oficial.

Las mujeres se sentaron al lado de ellos. En la mesa grande y redonda había ceniceros, dados y cartas. Esa noche tomaron varias tazas de café, jugaron a las cartas y a algunos otros juegos de mesa. Esa noche nadie habló sobre la guerra.

–Chiquitita, tell me what's wrong –sonaba una y otra vez de fondo en la sala de casino. Mientras, a quinientos metros del Irizar, lo que se oía eran los estruendos de las bombas.

–Ahora cada vez que escucho la canción “chiquitita” me mato de risa. –dijo Silvia y, entre risas, agregó –los marinos nos dijeron que como habían comprado tanta tecnología no les alcanzó la plata para comprar otro video.

DELANTE DE MIS OJOS

Durante la noche del 11 de junio, las tropas argentinas intentaron detener el avance británico a las zonas elevadas de Puerto Argentino. Desde el buque se veían los bombardeos y las sombras de los soldados que iban de un lado a otro, disputándose cuerpo a cuerpo la batalla por ganar Monte Longdon.

En la mañana del otro día, Silvia salió a la proa bien temprano a fumar y tomar aire. Caminaba de un lado al otro cuando vio que soldados ingleses desarmaban y llevaban, desde las posiciones hasta la costa, a un grupo de unos cincuenta soldados argentinos. Cuando llegaron al muelle los acomodaron, uno al lado de otro, y los hicieron arrodillarse con ambas manos en la cabeza.

La mujer miraba con asombro la escena, sin entender qué era lo ocurría. Después pudo ver que, a punta de pistolas, los jóvenes argentinos se descalzaron y se sacaron la ropa de a poco, dejándola delante de donde se encontraban, hasta que solo les quedó el calzoncillo puesto. Luego, los soldados se pararon, se abrazaron solos y frotaron sus manos sobre los flacos brazos, intentando conseguir un poco de calor, quizás.

Acto seguido, Silvia vio que algunos británicos hacían señas con las manos para que los siguieran. Los argentinos comenzaron a caminar, en fila y cabizbaja, por detrás de ellos. La larga hilera de hombres desnudos iba custodiada por más soldados ingleses. El recorrido terminó a unos pocos metros, cuando los hicieron entrar a un viejo corral de ovejas, donde los encerraron y se fueron.

–No podía creer lo que estaba viendo. Sentí tanta impotencia por no poder hacer nada para ayudarlos. Los ingleses estaban maltratando a mis soldados delante de mis ojos, los dejaron desnudos en medio del frío helado. –dijo Silvia mientras se agarra la cabeza y sigue– Les pregunté a los oficiales de la Armada qué pasaba, por qué les hacían eso y no me contestaron. Seguro que ya sabían lo que se venía.

La noche del 13 de junio, Silvia terminó de instrumentar una cirugía y salió a la proa del barco a fumar, estaba muy cansada. Habían pasado dos meses y algunos días del inicio de la guerra y solo cinco días de su llegada al Irizar. Mientras exhalaba el humo del cigarrillo escuchó que el capitán a bordo solicitaba la atención de los tripulantes por el altoparlante.

–Atención por favor. Les habla su comandante en jefe para informarles que en breve nuestra patria firmará la rendición y el cese de fuego.

–Fue terrible, todos los hombres del barco lloraban desconsolados, tanto los militares como los heridos internados. Se abrazaban, gritaban, y nosotras teníamos que estar ahí, conteniendo las ganas de llorar para poder consolarlos a ellos. Es el recuerdo más triste que tengo de la guerra. –expresó.

Al día siguiente amanecieron y la guerra había terminado. Ya no se escuchaban ni se veían bombardeos. Sin embargo el buque seguía recibiendo heridos estables desde el Hospital de Puerto Argentino. Las mujeres tenían la orden de solo ocuparse de los que continuaban graves, por lo que siguieron haciendo cirugías de urgencias y corriendo de un lado al otro, tratando de cumplir con todas las tareas.

A media mañana los británicos tomaron al Irizar como barco prisionero durante cuatro días, inhabilitándolo de zarpar y dirigirse hacia el continente argentino, también prohibieron las comunicaciones con el exterior. Sin embargo, a los dos días, el comandante desobedeció la orden y le permitió a las instrumentadoras quirúrgicas comunicarse con sus familias por radio.

–Hola, papá. Soy Silvia, estoy bien. –dijo y colgó, sin llegar a oír lo que le respondía su padre desde el otro lado. Ese fue el único contacto que tuvo con su familia durante la estadía en Malvinas.

UNA PIZZA PARA SEIS

El 18 de junio, los ingleses por fin permitieron que el Almirante Irizar abandonara las islas. El barco zarpó con destino a Comodoro Rivadavia, cargado con un total de mil quinientos hombres y las seis mujeres instrumentadoras. Entre los que se encontraban trescientos heridos hospitalizados, personal militar, médicos y civiles como periodistas y fotógrafos que habían estado cubriendo el conflicto bélico.

Después de un par de horas el Irizar llegó al puerto y amarró. Allí aguardaban un sinfín de ambulancias, para derivar a los heridos de inmediato a los hospitales más cercanos, y colectivos para trasladar a los médicos y militares hacia los distintos cuarteles. Primero bajaron los soldados, luego los civiles, y por último el personal militar y las mujeres.

–Ni bien apoyamos un pie en tierra se nos acercaron y nos hicieron firmar un documento de confidencialidad, en el que se nos prohibía hablar con la prensa o cualquier persona sobre lo que habíamos visto en Malvinas desde el Irizar.

–Confesó Silvia.

Las mujeres firmaron el acuerdo y se dirigieron atrás de los médicos hasta los colectivos. Sin embargo, un oficial, acompañado de dos agentes de inteligencia, las interceptó y no las dejó subir al colectivo con el resto del personal de sanidad.

–Las mujeres no van a los cuarteles. A partir de ahora están bajo vigilancia de estos dos oficiales, no hablen con nadie y háganles caso. Ellos les dirán qué hacer.

Las instrumentadoras se miraron entre ellas sin entender qué era lo que estaba pasando. Los agentes de inteligencia las cargaron en un jeep descapotable y las llevaron a alojarse a un hotel, que aún estaba sin inaugurar, en Rada Tilly. Una localidad despoblada, a unos veinte kilómetros de Comodoro Rivadavia.

En el hotel se bañaron e intentaron, sin éxito, descansar un poco. Cerca del atardecer comenzaron a tener hambre y los agentes no les permitían salir a buscar algo para comer. Tampoco se ofrecieron para conseguirles comida.

–¿Qué vamos a hacer acá? –dijo Silvia a sus compañeras.

Y ante el primer descuido de los agentes de inteligencias, les sacó las llaves del jeep y se las entregó a Cecilia, la única de grupo que sabía manejar. Las mujeres salieron sin hacer ruidos hasta el estacionamiento, subieron al vehículo y fueron hasta Comodoro Rivadavia a buscar algo para comer.

Llegaron hasta una pizzería del centro, vestidas aún con el uniforme militar, se sentaron en una mesa y, como tenían poca plata, pidieron una pizza y una cerveza para las seis. Los ciudadanos las miraban extrañados, no era común ver a mujeres vestidas como militares, y menos aún que volvieran de estar en una guerra. Algunos incluso se animaron a pedirles tomarse una foto con ellas.

Después de cenar se fueron hasta el Hospital Militar de la ciudad y buscaron en las distintas habitaciones a los soldados que habían sido sus pacientes.

–Necesitábamos verlos y saber que estaban bien. Recién después de estar un rato con ellos nos fuimos al hotel a dormir. Cuando volvimos nos estaban buscando. –explicó.

Al otro día, los agentes de inteligencia llevaron a las mujeres hasta la ciudad para esperar el avión que las llevaría de regreso a Buenos Aires. Para que no se volvieran a escapar las dejaron, durante horas, encerradas en un galpón de la Fuerza Aérea, solas, sin comida y sin baño.

–Para no aburrirnos empecé a sacar fotos con la cámara que me regaló mi papá, antes no dábamos abasto, entonces había podido sacar muy pocas. Por eso hay tantas fotos con aviones, tenía diez rollos para gastar y teníamos que hacer algo.

NOS CONDECORABAN A ESCONDIDAS

El domingo 20 de junio de 1982, alrededor de las once de la noche, un avión Fokker aterrizó en el aeropuerto de El Palomar con las seis instrumentadoras quirúrgicas. Allí aguardaban los familiares de cada una para llevarlas de regreso a casa. El reencuentro fue emocionante, todas se abrazaron con sus padres después de diez intensos días de trabajo y sin comunicación.

Al otro día, a las seis en punto de la mañana, Silvia y sus compañeras se presentaron en la dirección del Hospital Militar Central para retomar sus actividades laborales.

–No tienen que venir, váyanse a sus casas. Les doy un mes de licencia. –les dijo el director.

Las mujeres se fueron y acordaron pasar una semana de descanso en Mendoza. En donde pudieron despejar la mente y acordaron no hablar sobre la guerra. Luego comenzaron a retomar sus vidas y actividades.

–Al mes cuando volvimos al Hospital nadie hablaba de Malvinas y nadie nos preguntó nada sobre lo que habíamos pasado allá. –recordó Silvia.

El 2 de abril de 1984 el Ejército Argentino nombró a Silvia y a sus cinco compañeras como veteranas de guerra. Sin embargo, no las invitaron a ninguna de las condecoraciones y eventos que se realizaron, a partir de la fecha, en conmemoración a la gesta de Malvinas.

–No me invitaban a los actos, pero después me citaban en una oficina y me decían “toma ésta medalla”. Nos condecoraban, sí, pero a escondidas. –cuenta Silvia y luego de un breve silencio reflexiona –Los hombres son así... son tremendos. Las cosas cambian, la sociedad avanza pero ellos siguen así.

Al poco tiempo la contactaron de la revista “Nosotras” para hacerle una entrevista y según le informaron, era para destacar el rol de la mujer en la guerra de Malvinas.

–Fue la primera entrevista que di y cuando salió la nota habían hecho un artículo hablando sobre la dictadura y solo tres líneas contando que en Malvinas participaron mujeres. Me enojé tanto que no di más notas por años.

Luego de que le otorgaran el grado de veterana, Silvia decidió ir todos los días a trabajar con el pin de Malvinas, que venía junto a una medalla, prendido a su ropa. Muchos años después de la guerra, César Milani, general del ejército, la vio en el hospital con el prendedor.

–Qué lindo ver a una mujer tan fanática de Malvinas. –le dijo con una sonrisa.

–Que poco puede hacer por sus patitos la mamá que no conoce a sus patitos. –respondió Silvia y se fue.

Días después, se enteró que el general Milani se había ido a quejar con el director del hospital.

–Casi me echan, me salvo que el director del hospital me conocía y le dijo que había reaccionado así por el estrés postraumático. Me hizo quedar como loca, pero no me importo. –contó entre risas.

SI NO ME INVITAN A LOS ACTOS, LOS ACTOS LOS ORGANIZO YO

Con el tiempo Silvia dejó de trabajar como instrumentadora y pasó a ser encargada de salas como ginecología, oftalmología, urología, cardiología y cirugía general. Realizó varios cursos y aprendió sobre el manejo hospitalario y la administración de los sistemas de salud.

Además trabaja en conjunto con el centro de ex combatientes que funciona en una de las áreas del hospital. Dentro de ese sector se encarga de asesorar y ayudar a los veteranos con los trámites y alojamientos para que puedan realizarse los tratamientos de salud correspondientes.

–Mi vida está abocada al cien por cien a Malvinas. Todos los días estoy en contacto con ex pacientes y veteranos, en el trabajo pero también en las redes sociales y grupos de WhatsApp.

Silvia Barrera también colabora con el equipo de psicólogos y psiquiatras del centro, ayudando a realizar estadísticas sobre veteranos y distintas cuestiones de Malvinas. La posguerra le trajo insomnio, hipertensión, diabetes, trastornos con el orden y problemas posturales.

–Es muy difícil hablar de la posguerra, porque duele. El estrés postraumático trae muchos problemas, sobre todo psicológicos. He tenido momentos de agresividad que no podía controlar, enojo, rabia. Ante cualquier cosa contestaba mal, gritaba o lloraba. De a poco lo pude ir sanando, pero nunca hice terapia psicológica.

Como la enojaba mucho que a los actos de condecoración no las invitaran y que en la sociedad existiera mucha desinformación y desinterés sobre la cuestión de Malvinas y las mujeres, decidió estudiar ceremonial y protocolo. Cuando la mujer encargada de esa área en el hospital se jubiló ella tomó el puesto.

–Si no me invitan a los actos, los actos los organizo yo. Eso fue lo que me motivó para estudiar.

Además de organizar los actos y condecoraciones para los veteranos de guerra, también empezó a recorrer el país dando charlas en escuelas, institutos y universidades.

–Me gusta mucho dar charlas en las escuelas, cansa y estresa, pero creo que es la misión que me quedó. El día que nosotros no estemos más, es la generación joven la que va a quedar, y si los jóvenes no conocen sobre Malvinas, se va a perder la historia. Por esto es también que soy la veterana más distinguida y condecorada, porque fui la primera en salir a contar todo y porque no tengo problemas de irme hasta Salta, Jujuy o cualquier parte del país para dar una charla o asistir a un acto.

Junto a la organización de los actos y las charlas, también decidió volver a dar entrevistas. En los últimos quince años recorrió estudios de televisión, redacciones y recibió a miles de periodistas y estudiantes de periodismo en su oficina del Hospital Militar Central.

–Cada entrevista que doy, es por mi lucha. Para que todos sepan que en Malvinas también estuvimos las mujeres, trabajando codo a codo con los hombres. –argumentó.

Hace unos pocos años, fue invitada al programa de televisión Intratables, el cual se emite por canal América. Cuando llegó, junto a dos compañeras veteranas más, el productor les informó que junto a ellas estaba invitado Pancho O'Donnell, un reconocido psiquiatra e historiador argentino.

–Es como si me dijeras que viene Popeye... -dijo Silvia al productor. –Te apuesto lo que quieras que este hombre no sabe quiénes somos.

–Cómo no va a saber, si Pancho O'Donnell sabe todo de la historia argentina.

–Bueno, después del programa nos invitas a cenar. –lo desafió Silvia.

Minutos después llegó O'Donnell al estudio televisivo, el productor lo recibió y lo llevó donde se encontraban las mujeres.

–¿Conoce a estas señoras, Pancho? Se las presento.

–No, no las conozco.

–Son veteranas de guerra. Estuvieron en las Malvinas durante el conflicto. –explicó el productor.

–Si en Malvinas no hubo mujeres. –respondió el famoso historiador.

Esa noche cuando terminó el programa, el productor invitó a cenar a las tres mujeres a un restaurant de Palermo.

Actualmente Silvia tiene 60 años y vive en el barrio de San Isidro. Se casó, tuvo cuatro hijos, dos varones y dos mujeres, también es abuela de un nene de cinco años. Todos los días ésta abocada a Malvinas, buscando libros, documentales, películas y cualquier tipo de producción que trate sobre el tema.

Formó una relación de amistad y hermandad con muchísimos veteranos de guerra, a través de haberse unido a centros de ex combatientes.

–Para mí Malvinas, junto con los nacimientos de mis hijos, es el acontecimiento más importante de mi vida. Fui a la guerra como una joven de 23 años y volví a casa siendo una mujer. Malvinas cambió toda mi estructura, me hizo más fuerte, combativa, y aprendí a hacer valer mis derechos. Por todo esto me identifico con la palabra “guerrera”, soy una guerrera.



*Silvia (primera a la derecha) junto a sus compañeras, en un galpón de la Fuerza Aérea Argentina en Comodoro Rivadavia, tras regresar de las Islas Malvinas. Junio 1982
Imagen tomada desde la Minolta Pocket de Silvia.*

VOLVER A MALVINAS

Norma, con el uniforme de fajina verde puesto, dormía en posición fetal, tirada en el piso de una de las salas del Buque Hospital “ARA Almirante Irizar” cuando, de pronto, se abrió la puerta y entró un hombre, que, en silencio y con pasos cortos, se dirigió hasta donde ella estaba.

Desde donde estaba, ella solo podía ver que vestía pantalones militares y calzaba borcegos. Era un soldado. Estaba segura de que era él. Aunque anteriormente, a causa de las heridas, nunca había visto su rostro entero.

El hombre llegó junto a ella y cuando estiró su brazo derecho para tocarle la espalda, Norma se despertó.

–Todavía recuerdo ese sueño, fue muy simbólico. Sabía que era él, porque su estado fue el que más me impactó, además fue el único paciente que murió en el Irizar. –recordó.

Los primeros días de junio de 1982, éste soldado -del cual Norma nunca supo su nombre-, llegó al buque hospital en estado grave. Presentaba, entre otras lesiones, estallido de tímpano y hemorragias internas. En las Islas Malvinas, donde Argentina y el Reino Unido se disputaban la soberanía de esas tierras, le había explotado una bomba muy cerca y tuvieron que intervenirle quirúrgicamente.

Norma, junto a otra colega, instrumentó la neurocirugía que se le hizo en uno de los quirófanos del barco. Al joven soldado se le abrió la cabeza y se le colocó una válvula en el cerebro. Luego lo introdujeron en una cama hiperbárica de alta

complejidad con el afán de frenar la infección generalizada que presentaba su cuerpo, sin embargo no logró sobrevivir.

–Participar de la operación me impresionó. De todos los soldados que me tocó atender, puedo asegurar que él fue el que peor estaba. Llegó en un estado indescriptible. –Contó Norma.

VOLVER A MALVINAS

Norma Etel Navarro estuvo en las Islas Malvinas dos veces. La primera llegó a bordo de un buque hospital de la Marina de Guerra, como instrumentadora quirúrgica, durante los últimos días del conflicto bélico, en junio de 1982, cuando tenía veintisiete años y el pelo negro lleno de ondas. La segunda vez fue en mayo de 2014, como turista, con cincuenta y nueve años, y con el fin de poder curar las heridas que su primera estadía allí le ocasionaron.

Volver a Malvinas. Un deseo que estuvo resonando en su cabeza durante treinta y dos años. Volver para enfrentarse al dolor, para entender, para sanar. Después de largas terapias, de trabajar sobre los recuerdos y las emociones encontradas con las que quedó, por fin se sintió preparada. Fue la primera y única mujer, de las diecisiete consideradas veteranas, en regresar a las Islas tras la guerra.

El viaje lo organizó en el lapso de un mes, cuando un integrante del Centro Ex Combatientes Islas Malvinas de La Plata (CECIM) le dijo que algunos estaban preparándose para visitar las Islas y la invitó. Durante ese mes, Norma compró los pasajes y ropa abrigada. Cuando llegó el momento de cambiar pesos por libras esterlinas surgieron problemas.

–No me querían vender libras en carácter de veterana de guerra porque el personal de la casa de cambio decía que en Malvinas no hubo mujeres. Además me querían hacer pagar impuestos que como veterana no me correspondían, terminé pidiendo hablar con el gerente. –recordó.

Cuando por fin llegó el día, viajó hasta Río Gallegos y en el aeropuerto esperó ansiosa por su vuelo hacia Malvinas. Unas horas después, Norma miró por la ventana del avión y sus ojos color café se llenaron de emoción. Desde el aire podía ver perfectamente las Islas Malvinas. La Gran Malvina y la Isla Soledad, apenas separadas por corrientadas del Atlántico Sur, con la misma forma en la que aparecen en los mapas, como si estuvieran espalda con espalda.

Un avión de vuelo comercial chileno aterrizó en la base aérea de Monte Agradable, en la cual había aviones y helicópteros de uso militar, misiles, hangares y radares por todos lados. Norma, junto a un grupo de diez excombatientes, más un escritor y un periodista, que habían cubierto los hechos bélicos que ocurrieron entre abril y junio de 1982, se prepararon para descender.

A ambos lados del avión se pararon un hombre y una mujer, llevaban uniformes militares y caras de pocos amigos, solo entonces se abrió la puerta y los pasajeros recibieron la orden de comenzar a bajar. Hacía mucho frío, el viento era filoso y áspero y el cielo estaba gris.

El grupo se dirigió hasta migraciones, siempre custodiados por un soldado, para presentar pasaporte y poder ingresar a la ciudad. Al ver que eran argentinos les prohibieron caminar por las calles con camisetas o banderas de Argentina, como así también exhibir cualquier tipo de símbolo patrio. Durante la semana que tenían permitido permanecer en las Islas, se iban a hospedar en cuartos de alquiler dentro de viviendas familiares, en Puerto Argentino, la capital isleña.

-Were you at war?¹⁵ -Preguntó la secretaria del lugar a Norma.

-Yes, I was a surgical.¹⁶ -Contestó ella, tratando de acordarse todo lo que había aprendido cuando estudiaba inglés durante su infancia y adolescencia.

-Whose is house you're at going?¹⁷

-Do you know all everybody who live here?¹⁸ -preguntó, ante la sorpresa de la pregunta que le hacían.

-Yes, here we're a family.¹⁹ -respondió la isleña, y Navarro quedó con un sabor amargo.

Ese primer día en Malvinas llovizó durante toda la jornada. Después de recorrer varios kilómetros en dos camionetas 4 x 4, de pasar por zonas minadas y ríos de piedras, el grupo llegó al Cementerio de Darwin. Lugar donde fueron sepultados 237 soldados argentinos de los 649 caídos en combate. Un sitio al cual Norma describió como desolador, no solo por el clima, sino porque en las placas de identificación de cada lápida aún aparecía la frase "Soldado sólo conocido por Dios".

Todos se dispersaron entre las cruces blancas. Norma recorrió el recinto, cabizbaja y muy afligida. Entonces, el viento quebró el silencio y trajo música al

¹⁵ ¿Estuviste en la guerra?

¹⁶ Sí, fui quirúrgica.

¹⁷ ¿De quién es la casa a la que vas?

¹⁸ ¿Ustedes conocen a todos los que viven acá?

¹⁹ Sí, acá somos una familia.

desolado lugar. De fondo se comenzó a escuchar el Himno Nacional Argentino, entonado por un acordeón por Miguel Ruso Anderfurhn, un excombatiente descendiente de italianos. Todos cantaron.

–Fue intenso y muy emotivo. Estando ahí sentí una desazón muy grande. Anteriormente había visto fotos del cementerio, vi rosarios y coronas de flores colgadas de la cruces, cuando fui no estaban. Solo había cruces blancas.–expresó Norma.

La recorrida por los distintos lugares de las Islas Malvinas, que se hacía en grupo, siguió hacia Monte Longdon. Lugar donde se dio la mayor cantidad de bajas argentinas y donde las marcas de la guerra aún continúan presentes. Al caminar por sus llanuras y praderas vieron agujeros en la tierra, que años atrás hicieron las bombas que explotaron, borcegos viejos y descoloridos semienterrados y cocinas convertidas en chatarra oxidada. Después pasaron por antiguos galpones donde se esquilaban ovejas.

–Ahí estuve preso. –dijo uno de los diez excombatientes señalando el lugar.

A Norma le llamó demasiado la atención la base militar que la Real Fuerza Aérea Británica instaló en Malvinas. La misma es la más grande del Reino Unido y está ubicada a menos de cincuenta kilómetros de la capital isleña. Según datos del informe 111 que el gobierno argentino le brindó al Senado de la Nación, tiene dos pistas aéreas y alberga a más de mil doscientos efectivos militares del Reino Unido. Desde 1982, se incrementó la guarnición militar permanente con un número desproporcionado de efectivos en relación con el número de habitantes civiles. Desde entonces, el estado argentino denuncia entrenamientos militares con armamento nuclear, también que Gran Bretaña viola el Tratado para la Proscripción de Armas Nucleares en América Latina y el Caribe (Tlatelolco), que prohíbe la nuclearización del territorio latinoamericano y caribeño²⁰.

–A cada lado que íbamos, militares pasaban patrullando en cuatriciclos. No solo eran británicos, también había asiáticos. Quedé muy sorprendida y afligida, es increíble la base militar que instalaron.

Para Norma, volver a Malvinas además de haber sido “la oportunidad de sanar y reencontrar con los quedaron allí”, significó comprender a fondo las razones de la usurpación británica, la importancia geoestratégica que tienen las Islas y, sobre todo, comenzar a recordar su rol durante la guerra, para poder sanar.

–Cuando volví a las Islas Malvinas tome consciencia de muchas cosas, como por ejemplo lo terrible que debe haber sido estar ahí para los soldados. Sobre

²⁰ Informe al Senado N°111, 2018. Capítulo VIII: Inserción al mundo, política exterior. Pág. 589. Recuperado de: <https://www.argentina.gob.ar/jefatura/informes-al-congreso>

todo por las condiciones en las que estaban con respecto a los ingleses, que se encontraban mucho más entrenados y tenían mejores tecnologías a su disposición.

GÉNESIS

Norma Etel Navarro, nació en el Hospital Militar Central de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, en 1955. Hija de un oficial del ejército y una ama de casa, pasó sus primeros años de vida de mudanza en mudanza, por los destinos que le otorgaban a su padre. Su niñez transcurrió entre las montañas del sur y los cerros de San Salvador de Jujuy. A la edad de empezar la primaria volvió a Capital y a los quince se mudó a Castelar. Desde chica, y sin importar en qué lugar del país estuviera, a la par de la escuela la mandaban a estudiar inglés.

–La última mudanza me costó mucho, tuve que dejar amistades, pero me tenía que adaptar a las circunstancias. –contó.

Siempre dijo que quería estudiar medicina, así que cuando terminó la secundaria empezó la carrera en la UBA. Completó dos años hasta que le fue mal en una materia y creyó que se le terminaba el mundo. Durante ese tiempo, se había hecho muy amiga de un compañero de cursadas, el cual había estado averiguando en el Hospital de Clínicas por las inscripciones para instrumentación quirúrgica para su novia. “Él decía que instrumentación me convenía más que medicina, porque me iba recibir más rápido y comenzaría a trabajar enseguida, que era lo que yo quería” Recordó Navarro.

Viajar a diario desde Castelar hasta Capital para asistir a clases costaba dinero, y tiempo. Haber perdido una materia en medicina fue el disparador para replantearse las ganas de empezar a trabajar, fue así que decidió hacerle caso a su amigo.

–Por esta razón, siempre digo que me convertí en instrumentadora por accidente.

En 1980, una vez egresada del Hospital de Clínicas tras recibirse de instrumentadora quirúrgica entró a trabajar por las tardes en el Hospital Militar Central de Palermo. También instrumentaba cirugías de manera particular. A la par con el trabajo incursionó en la acción católica, pasaba su tiempo libre en jornadas solidarias, y en una ocasión viajó a Entre Ríos con el grupo para construir un hogar escuela.

En los meses previos a la guerra su vida se basaba en eso, trabajar mucho y militar el catolicismo. Además, había empezado a ahorrar dinero para comprarse un escarabajo Volkswagen y así trasladarse más fácil desde Castelar a Capital. Aunque después nunca aprendió a manejar, ni lo compró.

LA GUERRA

El dos de abril de 1982, el entonces presidente de facto, Leopoldo Fortunato Galtieri, apareció en un balcón de la Casa Rosada y, frente a una multitud, anunció que tropas argentinas habían desembarcado en las Islas Malvinas. Minutos después, sin temblarle la voz y apuntando con el dedo, desafió al Reino Unido:

– ¡Si quieren venir que vengan, les presentaremos batalla! – dijo, y la muchedumbre respondió con aplausos y gritos eufóricos.

Desde entonces, a Norma le preocupaban incansablemente dos cosas: que a su padre o a su primo los enviaran a la guerra y que el Reino Unido atacara el continente. Su padre, se había retirado del ejército hacía unos meses, y su primo, al cual consideraba un hermano, acababa de terminar el servicio militar en la Fuerza Aérea. Por lo tanto, según ella, existían posibilidades de que los llamaran.

Mientras en Capital Federal las personas continuaban con su rutina diaria a pesar del conflicto bélico, dentro del hospital los rumores pronosticaban lo peor: había posibilidades de que los ingleses invadieran el continente, entrando desde Ushuaia, o de que bombardearan Buenos Aires.

– Estaba muy atenta a todo lo que se decía, tenía miedo pero a la vez creía que estábamos tan lejos de las Islas. – recordó.

Norma sentía la necesidad de ayudar, por lo que comenzó a quedarse después de hora con los residentes del hospital para disecar venas y enviarlas al nosocomio de Puerto Argentino. Éstas eran utilizadas por los médicos para realizar bypass.

A la guerra, finalmente, no fueron ni el padre ni el primo de Norma. Sí ella. Cuando en la mañana del 7 de junio llegó un mensaje militar al hospital, solicitando instrumentadoras quirúrgicas para ser enviadas a Malvinas, no lo dudó y se postuló.

– Estaba en mi naturaleza, no podía quedarme mientras estaban pasando tantas cosas. – dijo, mientras tomaba un té en su departamento de Almagro.

Cuando llegó a su casa para avisar esa noticia solo estaba la madre, por lo que a su papá le terminó contando por teléfono. Ambos se sintieron orgullosos de que una integrante de la familia se haya ofrecido para servir a la patria.

–Mi papá era militar y mi mamá esposa de un militar, si en algún momento sintieron temor, no me lo hicieron saber. –explicó.

En su equipaje metió un portacosméticos, el uniforme de combate y unas medibachas verdes que compró horas antes para la ocasión. También una bufanda de lana verde, que un cirujano del hospital le regaló para que le combinara con el traje; y una cadena con la medalla milagrosa que un anesthesiólogo, compañero de trabajo, se sacó de su cuello ni bien se enteró que se iba y se la dio para que la protegiera.

Al otro día partió hacia la guerra, junto a cinco mujeres instrumentadoras más: María Marta Lemme, Cecilia Ricchieri, Susana Mazza, Silvia Barrera y María Angélica Sendes. Para llegar a la Islas tomaron un avión hasta Río Gallegos y más tarde un helicóptero.

–En el viaje me senté al lado de Cecilia. Ella era la más tímida de todas, y yo tampoco era de hablar mucho porque me costaba entrar en confianza. Recuerdo que mi lugar en el helicóptero no tenía cinturón de seguridad, fui todo el camino en silencio y agarrada del asiento, tenía miedo. –contó.

La tripulación sanitaria del Buque Hospital ARA Almirante Irizar llegó a Malvinas cuando el avance inglés sobre las posiciones argentinas era irreversible. Sin embargo, tanto Norma como sus compañeras y el personal militar a bordo creían que Argentina iba ganando. La dotación embarcada era de un total de mil hombres más las seis mujeres instrumentadoras quirúrgicas.

–Al principio me pareció extraño estar rodeadas de hombres, sobre todo por la sorpresa de ellos al vernos entrar al buque. Después se acostumbraron a nuestra presencia y nos trataron siempre muy bien. –recordó Norma.

El gran barco quedó encallado a unos quinientos metros de la costa de Puerto Argentino. Desde la proa del mismo se podía ver lo que ocurría en tierra. Ni bien llegaron, el helicóptero sanitario despegó en busca de heridos, y al cabo de unos minutos estos comenzaron a arribar.

Los jóvenes soldados, de entre 18 y 25 años, llegaban muy delgados, sucios, negros por la turba, llenos de sangre y con manos y pies congelados. Además no hablaban, era como si estuvieran ausentes. Era imposible que pudieran ser intervenidos quirúrgicamente sin previamente bañarlos, porque era tanto el nivel de suciedad que a simple vista no se podían ver sus heridas, y por igual razón corrían riesgos de contraer infecciones.

Norma calentaba agua, les quitaba los uniformes rotos y con jabón blanco y un cepillo de cerda los cepillaba con cuidado para quitar todo lo sucio del cuerpo. Algunos se quejaban de dolor y otros quedaban inmóviles. Solo entonces entraban al quirófano, y allí solía estar nuevamente Navarro, instrumentando y asistiendo al cirujano.

–Llegaban en un estado terrible, sucios, mudos, muy flacos, pero nunca sospeché de maltratos. De todo eso me enteré cuando ellos empezaron a contarlo en entrevistas. –Aclaró y después de un suspiro dijo– Fueron días en los que perdí la noción del tiempo, eran jornadas de trabajo intenso. No teníamos una tarea asignada, instrumentábamos, hacíamos de enfermera, colaborábamos en todo lo que se necesitara.

De todas formas, no le impactaban las heridas de los soldados porque por su trabajo estaba acostumbrada a tratar con diversas lesiones. Lo que sí le impactó fue la expresión que tenían en los ojos los combatientes que llegaban al buque. Una mirada perdida, llena de desolación, de tristeza, como si la guerra estuviera contenida en sus pupilas. Era una mirada vulnerable, que buscaba protección.

–Suenan muy poético, pero mirarle los ojos era como verles el alma. Para ellos estar ahí debe haber sido algo muy, muy fuerte. Sus miradas me quedaron grabadas. –contó y se paró a fumar.

Si hay algo de la guerra que Norma no puede olvidar, son las noches del 11 al 13 de junio de 1982, particularmente la del 13. Momentos en el que las tropas inglesas y argentinas se debatieron las batallas de Monte Longdon y Tumbledown, lugares claves por su cercanía a Puerto Argentino.

Fueron los enfrentamientos más largos y crueles. El primero duró dos noches, 450 soldados británicos se enfrentaron cuerpo a cuerpo contra 278 argentinos. En el segundo, 1800 ingleses contra 1000 argentinos y fue la batalla que determinó la victoria final del Reino Unido. Durante ambos combates llegaron cerca de 100 heridos al buque hospital.²¹

Durante la noche del 13 de junio Norma salió a la cubierta del Almirante Irizar, a caminar y tomar un poco de aire, junto con un tripulante que también se apellidaba Navarro. Todo lo que vio después, le pareció que eran escenas de una película de acción: bombas que caían e iluminaban el lugar con luces amarillas y naranjas que dejaban ver las casas de las Islas con techos de colores, el desplazamiento de los camiones por el terreno rocoso, las lanchas con banderas británicas llegando a la costa, el fuego de la artillería de un lado y del otro. Se

²¹ Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de la República Argentina. “Cuestión de las Islas Malvinas”.

oían estruendos, gritos, y los motores de los gomones ingleses pasando a los lados del buque. Era algo dantesco.

Fue entonces que no pudo parar de pensar que a pocos metros había cientos de argentinos muriendo y la invadió la impotencia por no poder hacer nada para evitarlo. Esa noche no pudo dormir y al otro día, bien temprano, se enteró que Argentina había firmado la rendición. Tan grande fue la angustia que sintió en ese momento, que cuando regresó a Buenos Aires no hablo de la guerra durante años.

VOLVER A CASA

Después de la guerra no volvió a ser la misma. Al regresar al continente se sintió muy mal por el cambio de actitud de la gente, de la sensación triunfalista al caos y el enojo por la rendición. También se molestó por la invisibilización de los combatientes y el proceso de desmalvinización que siguió durante dos décadas.

El recuerdo de sus días en Malvinas comenzó a entrelazarse con lo cálido que era el ambiente en el buque, ya que la calefacción permanecía alta para mantener calientes a los pacientes. Norma siempre fue una persona friolenta, y a pesar de eso, estando en un lugar atlántico con grados bajo cero recuerda haber tenido mucho calor. Al rememorar esa sensación la invadía la culpa, porque se le venían a la mente las imágenes de los soldados llegando al Irizar con la movilidad corporal reducida a causa de frío, con manos y pies congelados y con escarchas de hielo en los pelos.

–En lo personal, al volver empezó a ser todo muy doloroso. Sentía impotencia, angustia y culpa por no haber podido hacer más. Sé que nada de lo que pasó fue mi responsabilidad, pero fueron emociones que me afloraron y no podía controlar.

Los primeros meses posteriores a la guerra, se refugió visitando a los soldados que fueron internados en el Hospital Militar Central para continuar con los tratamientos médicos. Por las tardes se hacía un tiempo para charlar con ellos de cualquier cosa que no tuviera que ver con la guerra. También llevaba libros, a los que eran del interior y sus familiares no podían viajar para acompañarlos, para que se entretuvieran y pudieran despejar la mente de los recuerdos. Hasta que desde la dirección del hospital le pidieron que no lo hiciera más. “Como sos una mujer joven, tu presencia es perturbadora para ellos” le dijeron. Nunca entendió el porqué de ese prejuicio machista.

Después su resguardo lo encontró, durante unos años, en asistir a las misas que recordaban a los caídos en combate. No había 2 de abril que no se hiciera presente en una Iglesia para rezar por ellos. Sin embargo, un día decidió no ir más porque la entristecía demasiado y no podía parar de llorar en todo el día.

A fines de 1986 Norma decidió que su labor en el Hospital Militar Central había llegado a su fin. Al año próximo entró a trabajar en el Hospital Garrahan, y permaneció allí hasta que se jubiló. La decisión significó hablar aún menos de la Guerra y ponerle fin a la relación laboral con personas que le recordaban sus días en el Almirante Irizar.

Al mismo tiempo comenzó a sentir la necesidad de capacitarse para poder afrontar acciones de mayor responsabilidad dentro del quirófano, estudió percusión médica y se dedicó durante cinco años al área de quemados. Más adelante abandonó las cirugías y comenzó a interesarse en la gestión de calidad de salud.

–Soy una persona que cada tanto necesita aprender cosas nuevas. –se describió.

Norma no hablaba de la guerra con nadie. No quería. Lloraba. Le hacía mal. Cada 2 de abril se aislaba, no respondía mensajes ni llamadas porque la fecha la movilizaba y revivía sus sentimientos de culpa. Irse del Hospital Militar ayudó para evadir recuerdos. Hasta que un día se acercó al Centro Ex Combatientes Islas Malvinas de La Plata (CECIM) y de a poco empezó a contar sus vivencias. También se animó a arrancar terapia para poder tratar el tema y sanar. Bajo este contexto, se empezó a interesar asazmente por la cuestión Malvinas, buscaba noticias relacionadas y leía mucho sobre las Islas.

–Me volví ávida de aprender cada día más sobre las cosas que me atraen. Malvinas, sin dudas, es un hecho que me toca muy de cerca y por eso me quiero informar sobre el tema.

Las Islas Malvinas se encuentran en el Océano Atlántico Sur. A 343 kilómetros de la provincia argentina Tierra del Fuego y a 12.686 kilómetros del Reino Unido. Son parte de un archipiélago formado por más de doscientas islas, con un terreno rocoso y húmedo, y en donde los días son lluviosos durante más de la mitad del año.

Tienen una ubicación estratégica, por estar en el Estrecho de Magallanes, el único paso interoceánico al momento de ser usurpadas, en 1833. Por lo tanto, controlarlo era dominar el comercio. Dado que Gran Bretaña era el país con mayor contrabando de productos, necesitaba que Argentina no pusiera una aduana en dicho estrecho. Además, las Malvinas están muy cercanas a la

Antártida, la mayor reserva de agua dulce del mundo. Estos factores las convierten en tierras de alta importancia geopolítica y económica.

–Antes de la guerra, de las Islas sabía lo que sabían todos: que nos pertenecían y que estaban en el mapa. No mucho más. Actualmente, y después del conflicto, las Malvinas son muy importantes para mí, cambié por lo que viví ahí. –explicó Norma.

Según la mujer, la protección de los recursos naturales es la principal causa de reclamo por la soberanía argentina en las Islas. El archipiélago cuenta con una gran fuente de recursos naturales. Desde lobos marinos, ballenas francas australes, delfines y orcas hasta pingüinos, gaviotas y palomas. En sus aguas aledañas abundan los peces comestibles como mariscos, langostinos y moluscos. Además, están rodeadas por cuatro grandes cuencas sedimentarias en donde podría existir una reserva natural de petróleo e hidrocarburos.

–Malvinas es un lugar riquísimo en flora y fauna que están explotando ilegalmente los ingleses y podría servir muchísimo a nuestra economía. Es un lugar privilegiado, no en vano no solo estuvieron interesados los británicos en ocuparlas. Pero todo esto antes de la guerra no lo sabía, ni siquiera lo pensaba, además nadie te lo enseñaba.

Desde que el Reino Unido usurpó Malvinas, se depredó gran parte de la fauna ictícola. A partir de la década de 1970 se realizaron exploraciones en busca de reservas de hidrocarburos, mediante licitaciones con empresas privadas y sin controles ambientales, lo que significa una gran amenaza para el medio ambiente. En cuestiones económicas, las ganancias que el Reino Unido obtiene por la pesca ilegal en la zona son, según un documental del Canal Encuentro, de 34 millones de dólares anuales.

RESILIENCIA

Un día, una compañera de trabajo del Hospital Militar Central se acercó a Norma.

–Nunca me contaste sobre tu experiencia en Malvinas como instrumentadora quirúrgica. –le dijo.

Solo entonces, Norma se dio cuenta de que jamás había hablado con alguien sobre el tema. “Mis padres estaban orgullosos, mi hermano nunca entendió la situación y mis amistades tenían otros intereses, además de que el tema me angustiaba demasiado. Para la resiliencia se necesita de un ambiente muy contenedor, y no fue mi caso.” Expresó.

Cuando por redes sociales conoció al CECIM, empezó a asistir a reuniones, eventos y cenas de excombatientes. En dicho centro encontró un entorno cálido en donde de a poco pudo comenzar a contar lo que vivió arriba del Irizar. En 2010 la invitaron a participar de una jornada por Malvinas en un auditorio médico de Chaco. Había mucha gente, ex convictos, familiares de caídos y público en general. Cuando llegó, uno de los organizadores se le acercó.

–Pensamos cerrar el evento con vos. Estaría bueno que digas algunas palabras sobre tu labor en la guerra. –dijo, mientras la acomodaba cerca del escenario.

Fue la primera vez que Norma habló en público sobre su experiencia. Le costó, pero creyó que el hecho de que la propuesta fuera sin previo aviso la ayudó para tomar impulso y poder hacerlo. Luego comenzó a aceptar dar entrevistas, aunque solo muy pocas.

–Me cuesta, pero hablar es muy sanador. –expresó.

Cuando Norma fue a Malvinas en contexto de guerra, lo hizo a bordo de un buque hospital con cinco compañeras mujeres y mil hombres de personal militar. La segunda vez, era ella sola en un grupo de diez excombatientes. “En ambos casos me sentí siempre respetada” aclaró.

En 2013, el Senado de la Nación reconoció como veteranas de guerra tanto a Norma como a las otras quince mujeres que estuvieron dentro de las zonas del conflicto durante el tiempo que duraron las hostilidades en 1982. Fue un hecho histórico, ya que se convirtieron en las únicas mujeres del siglo XX y las primeras después de Juana Azurduy en recibir dicho grado. A partir de entonces, en los años que siguieron se comenzó a hacer visible en los medios de comunicación la labor femenina durante el conflicto bélico.

–En los últimos años se habló mucho sobre las mujeres de Malvinas, aunque noto que los periodistas no retratan lo que verdaderamente vivimos. Es un país muy machista y, en realidad, todas las menciones y distinciones que recibimos fue por instancias de mujeres. –expresó.

En el evento donde fue reconocida, conoció a María Liliana Colino, veterana de guerra de la Fuerza Aérea. Norma se le acercó para charlar porque días atrás había leído sobre la participación de Colino en la guerra y le llamó la atención que fuera la única mujer en pisar el territorio físico de las Islas durante el conflicto. Desde ese día mantienen una relación de amistad, es con la única veterana que forjó ese vínculo, aunque con las demás mantiene un trato cordial y de respeto.

Norma actualmente vive en el barrio porteño de Almagro. Prefiere no hablar sobre su vida privada y de las consecuencias físicas y psicológicas que le

causaron la guerra. Su amparo lo encontró viajando, conociendo paisajes, distintas costumbres y culturas. También en el arte, la apasiona el cine antiguo y le dedica tiempo a la pintura, la fotografía y la decoración. Algo que se puede notar a simple vista en su departamento, armónicamente ambientado con colores blancos y turquesas, de iluminación blanca y tenue y con aromas suaves a velas e inciensos.

Se describe como una persona para quien la justicia y la lealtad son básicas, que aprendió que cada día hay que vivirlo como si fuera el último y que es importante tratar de entender al otro.

Norma cree que si el proceso de desmalvinización, iniciado tras la guerra, invisibilizó a los soldados que fueron enviados a la guerra, “lo mismo e incluso en proporciones mayores pasó con las dieciséis mujeres” que también estuvieron en el Teatro de Operaciones Malvinas (TOM) y en el Teatro de Operaciones del Atlántico Sur (TOAS). Muchas personas aún no saben que en las Islas también estuvieron mujeres, trabajando de par a par con los hombres.

–Si me preguntan qué quiero que me tengan, como mujer veterana de guerra, les digo: respeto.



Norma Navarro, en el Cementerio de Darwin de las Islas Malvinas. 2014



FACULTAD DE PERIODISMO Y COMUNICACION SOCIAL

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

